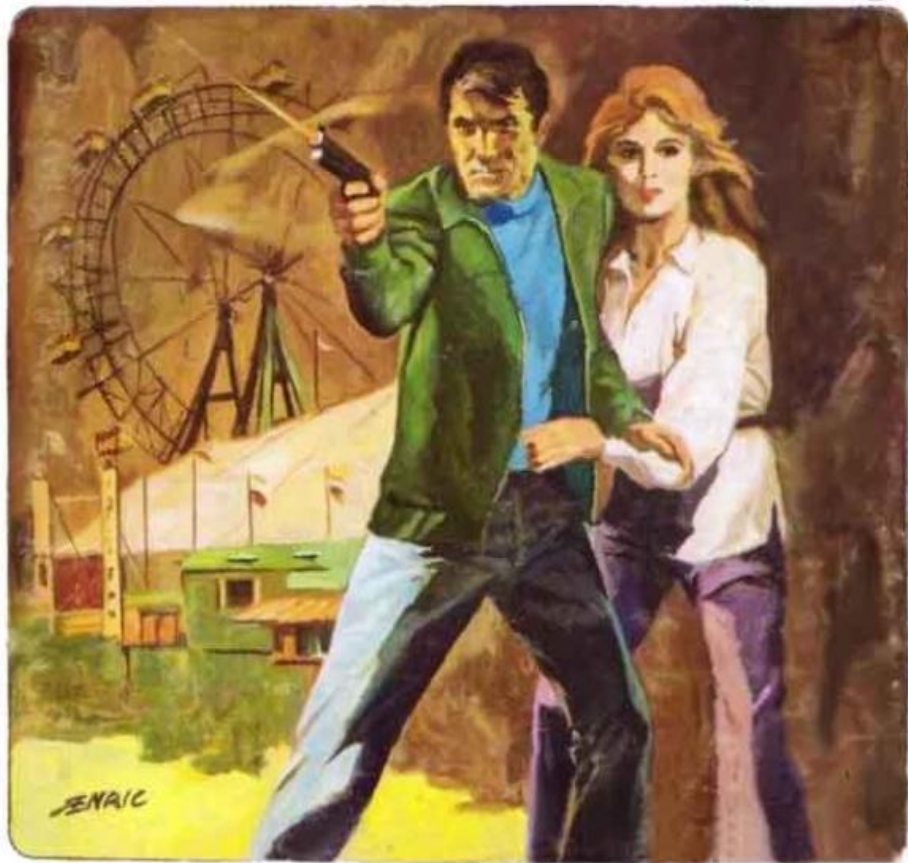




Lou Carrigan

EL ALEGRE "CARROUSEL"



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

LOU CARRIGAN

**EL ALEGRE
"CARRUSEL"**

Colección LA HUELLA n.º 84
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 16.579 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: junio, 1976

© Lou Carrigan - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El descapotable rojo se detuvo a un lado de la carretera, silenciosamente. Con una pequeña maniobra final, quedó fuera de la cinta de asfalto, metido entre unas palmeras, casi rozando la arena de aquella hermosa playa bañada por la luz lunar.

Detenido el auto, los faros emitieron, dos destellos brevísimos, y uno más largo. Luego, todas las luces quedaron apagadas, incluso las de situación. Quedó convertido en una sombra más.

Pero apenas habían transcurrido un par de minutos cuando un hombre apareció, de pronto, junto al vehículo. Un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana, ancho de hombros, cabellera espesa, quizá demasiado larga.

—¿Me está esperando? —preguntó, en un susurro.

—Venga, Gardner —replicó una voz fina, aguda.

El hombre se acercó al descapotable, con paso seguro. Vio con aceptable claridad la silueta de la mujer, la conocía de antes: era aquella muchacha de largos cabellos rubios, ojos azules, barbilla voluntariosa y cuerpo fino, tan elegantemente vestida. Calculando se podía decir que la muchacha rubia debía tener veinte años. Cuando el hombre se acercó más, la chica encendió la diminuta luz del coche y entonces destacaron sus piernas, mal cubiertas por la minifalda, sus rubios cabellos ocultaban casi la mitad del rostro bien maquillado... George Gardner habría jurado que la muchacha llevaba pestañas postizas, lo cual a su juicio, era innecesario, ya que ella parecía tan bonita, tan joven, tan esplendorosa...

—Aquí estoy... —musitó—. Tengo lo que me pidió.

—Suba, por favor.

La femenil voz era amable, queda, susurrante. George Gardner subió al descapotable, dejándose caer en el asiento como si

estuviera muy cansado.

—¿Algo no va bien? —preguntó la muchacha rubia.

—No, no... Todo va bien. Las cosas han sido hechas como usted me pidió.

—Magnífico. Sin embargo, Gardner, tengo la impresión de que está usted... inquieto, nervioso. ¿Estoy equivocada?

—Bueno... Si he de serle sincero, hay cosas que no acaban de convencerme en este asunto.

—¿Qué cosas?

—Eso de las fotografías... No sé...

—¿Hay algo que no entienda bien?

—Es que... Verá usted, los fotógrafos profesionales hacemos de todo un poco. A veces, es la suerte la que decide nuestro futuro. Por ejemplo, una fotografía oportuna, sensacional, puede colocar a un fotógrafo de lleno en la fama, de pronto. Yo comprendo que esas fotografías son difíciles de conseguir, hay que estar bien preparado, esperar quizá durante semanas la oportunidad para tomarla...

—Sé muy bien todo eso. ¿Cuál es su problema, Gardner?

—Voy a serle sincero: no creo que con las fotografías que he tomado alcance jamás la fama.

—¿Y...?

—Bueno, eso es lo que usted me prometió cuando vino a verme a mi casa, señorita. Me entregó una estupenda máquina para obtener microfotografías al segundo, sin tener en cuenta el día o la noche, la buena o mala luz, y todas esas cosas que los fotógrafos siempre tenemos en cuenta. El resultado final, siempre siguiendo sus instrucciones, es que esas fotografías jamás pasarán de ser mediocres.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Profesionalmente, mucha. Ese programa misterioso y secreto de televisión al que usted representa, puede que consiga éxitos de impacto con fotografías sorpresa. Sí... Es posible que el programa salga adelante, impresione guste a la gente... No sé... Sí, todo es posible. Pero una osa puedo asegurar, nadie se fijará en la labor del fotógrafo.

La rubia se quedó mirándolo fijamente.

—¿Significa eso, Gardner, que sus fotografías no son buenas?

—Claro que son buenas —masculló George Gardner—. ¿Qué

está tratando de decir?

—Se me ocurre que quizá en estos micrófonos no se vea con suficiente claridad a los personajes elegidos.

—¡Se ven perfectamente!

—¿No hay duda alguna respecto a su identidad?

—¡Claro que no! ¿Con quién cree que está tratando? ¿Con un maldito principiante, quizá? Cuando yo tomo una fotografía, puede discutirse su calidad, su oportunidad, su luz, sus contrastes... Puede discutírsele cualquier cosa a esas fotografías..., menos su fidelidad.

La rubia sonrió entonces.

—No se exalte, señor Gardner. Parece que está usted descentrado, nervioso.

—No es eso precisamente. Digamos que no estoy contento con esta oportunidad profesional. No comprendo el asunto... ¿Qué importancia puede tener toda esta gente para los televidentes norteamericanos?

—Todos tenemos importancia.

—Yo creo que no. Señoras de edad avanzada, mamás jóvenes con un par de niños... Casi todo es lo mismo. De cuando en cuando, aparece algún hombre, un viudo o de unos cincuenta años... Son gente normal, gente corriente... ¿Cree que interesarán a los televidentes?

—Mi querido amigo: los televidentes, cuando más disfrutan, es cuando pueden ver las vidas ajenas en sus momentos íntimos. Y no hace falta que sean las vidas de personajes importantes. Cualquier ama de casa pagaría muy a gusto una buena cantidad por ver a su vecina en el momento de servir la cena, por ejemplo.

—Tonterías —farfulló Gardner.

—Puede que sí. Pero en este programa de televisión hay mucho dinero en juego, y unas buenas ideas que merecen ser explotadas. Yo le di una lista de personas, le dije que ésa era su zona, le dije que quería fotografías de esas gentes, y le prometí dinero por hacer ese trabajo... ¿Ha hecho el trabajo?

—Sí. Pero...

—No insista, Gardner. Deme la máquina y las microfotos... Eso es todo. A cambio, yo le daré su dinero.

George Gardner asintió con la cabeza, pensativamente.

—He estado reflexionando mucho sobre esto, señorita... Y no lo

veo claro.

—¿Cómo?

—No sabría explicarle... Son cosas que uno intuye, ¿comprende? Cosas que no se pueden explicar, pero que están dando vueltas dentro de la cabezota... —Se tocó la frente—. Yo he conseguido, en el mes que me dio de plazo, las treinta y siete fotografías... No, perdón. No es eso... Quiero decir que he conseguido diversas fotografías de cada uno de los treinta y siete domicilios que usted incluyó en la lista. En cada uno de esos domicilios había varias personas... Eso quiere decir que he obtenido unas trescientas fotografías, en total, ya que a cada familia he sacado un promedio de ocho a diez. Gente que nada importa: señoras, niños, mamás jóvenes... Aquí está todo, en estas quince tiras de microfilme, reveladas.

—¿Ha sacado copias? —preguntó la muchacha rubia, tensa la voz.

—No. Yo siempre cumplo lo que prometo. Nada de copias, nada de interés personal en el asunto. Así lo prometí..., pero estoy intrigado, ésa es la verdad.

—Estamos alargando demasiado la conversación, y, por tanto, la entrevista. Veamos esas tiras de microfilme.

George Gardner las entregó a la muchacha rubia de los hermosos ojos azules. Ésta sacó un pequeño aparato, introdujo en la diminuta ranura el extremo del primer microfilme y fue tirando de él, atisbando por la pequeña pantalla iluminada. Hizo lo mismo con todas las tiras, en cada una de las cuales, bajo diversas fotografías, estaba escrito, también microfotografiado, el nombre de los personajes, la fecha, la dirección...

—Es un buen trabajo, Gardner.

—Gracias. Bueno, ahora sólo me queda por pedirle un pequeño favor, señorita.

—Si está en mi mano...

—Dígame qué programa de televisión es ése. Me gustaría verlo. Imagino que será algo parecido a lo de Ralph Edwards, eso de meterse con la intimidad de la gente, poner en la pantalla esos momentos que todos consideramos íntimos... Me gustaría ver eso en la televisión.

—El caso es, Gardner, que no es exactamente para la

televisión...

—¿Perdón...?

—Digo que esos microfilmes no están destinados a la televisión.

—Pero..., bueno, pero usted me dijo... Un momento, un momento... Usted fue a verme a mi casa, me habló, me propuso este trabajo, me dijo que era para un programa de televisión... Yo llevaba algún tiempo sin encontrar una buena oportunidad y me pareció interesante este asunto... He cumplido con mi trabajo... ¿Qué está tratando de decirme con eso de que esos microfilmes no van a ser utilizados en la televisión?

—Se ha metido en un sucio asunto, Gardner...

—¿En un...? ¡Oiga...! Sólo hay en estas fotos microfilmadas gentes sin ninguna importancia: señoras jóvenes, niños, damas de edad mediana... ¿Qué sucio asunto puede ser éste?

—Temo que no voy a poder explicárselo, Gardner.

—Yo... No comprendo esto... ¡No comprendo nada! Usted me ofreció trece mil dólares por este mes de trabajo... Un trabajo fácil para un fotógrafo profesional... Un trabajo sencillo, tranquilo, interesante... ¿Tampoco piensa pagarme?

—Oh, sí... Eso sí... Voy a darle su parte, Gardner.

—¡No la quiero, si esto es un trabajo sucio!

—No sea usted infantil, señor Gardner. A su edad, y con el escaso éxito que tenía usted cuando yo le contraté, no se puede andar con demasiados remilgos.

—¡Quiero saber qué asunto sucio es ése!

—Es... una especie de... espionaje. Algo moderno, inspirado en viejas técnicas japonesas.

—¿Espionaje... contra mi patria? ¿Contra Estados Unidos?

—Así es.

—¡Pero es absurdo que unas cuantas mujeres y unos niños tengan nada que ver con ese espionaje! ¡Usted me está mintiendo!

—Le aseguro que no...

—¡Devuélvame inmediatamente esos microfilmes! Jamás tomaré parte en nada que pueda atentar contra mi patria. No entiendo nada de esto, pero no importa... ¡Devuélvame esas microfotos!

—Otra vez se muestra infantil, Gardner. Sepa que no es usted el único fotógrafo que ha trabajado para mí... Hay unos cuantos hombres más que han conseguido lo mismo. A todos ellos les he

dado su parte, y ellos no han rechistado.

—¡Yo sí rechisto! ¡Quiero estos microfilmes o...!

Una pistola apareció en la mano de la muchacha rubia, apuntando directa al corazón de George Gardner. El tubo era más grueso y algo más largo de lo normal, evidenciando así el acoplamiento de origen de un tubo silenciador.

—¿O qué, Gardner?

—Usted... Eso es una pistola...

—Para darle su parte.

—Pero...

—Igual que los demás. Ya le dije que ninguno rechistó después de darle su parte. Tenga la suya, Gardner.

Plop... Plop... Plop...

George Gardner, que había alzado una mano amenazadoramente, se crispó de pronto. Ambas manos fueron hacia el pecho, mientras sus ojos, muy abiertos, quedaban fijos en la hermosa muchacha rubia... De pronto, se abatieron, como si quisieran mirar por última vez las bonitas y bien musculadas piernas femeninas; la cabeza cayó hacia adelante, el torso se venció, todo quedó relajado, inerte... La cara de George Gardner quedó apoyada en el seno derecho de la muchacha, que parecía a punto de reír. Su mano izquierda asió los cabellos de Gardner, alzando la cabeza. Estuvo unos segundos contemplando aquel pálido y crispado rostro, como si estuviese enormemente divertida. De pronto, empujó hacia atrás aquella canosa cabeza, que resonó de modo escalofriante contra la portezuela... Gardner resbaló en el asiento y quedó grotescamente invertido, con la cabeza en el piso del coche, los pies alzados hasta el asiento.

—Sorprendente postura, Gardner —sonrió la rubia de ojos maravillosamente azules.

Abrió la portezuela y empujó fuera a George Gardner, que rodó sobre la hierba y quedó tendido de bruces, absolutamente inmóvil.

—Comprendo tu sorpresa, Gardner... No es corriente utilizar mujeres y niños en el espionaje, pero así están las cosas esta vez... Veamos si el último de la lista ha cumplido tan bien como tú y los otros ocho desdichados... Ah, gracias por éste estupendo microfilme de... escenas familiares.

Y el descapotable rojo se alejó de allí, dejando atrás una fría,

sarcástica risa de la muchacha rubia de los hermosos ojos azules.

CAPÍTULO II

Tony Leopard, sin duda el mejor agente especial de la Delegación del FBI en Miami, tenía una larga serie de privilegios. Uno de ellos consistía en que, mientras sus admirables compañeros se dedicaban en cuerpo y alma a trabajos más o menos rutinarios, él podía holgazanear tranquilamente. Podía dedicarse a tomar el sol, nadar, sonreír a las chicas guapas, dormir, o, si le venía en gana, dedicarse a ver la televisión a toda hora, hasta empapurrarse.

Pero, pese a ser millonario por cuenta propia y a gozar toda esta serie de privilegios federales, muy merecidos por cuanto que a la menor ocasión de trabajo importante era Leopard quien daba la cara en Miami, este

G-man

había obrado siempre por la mejor de las diversiones: permanecer en la Delegación del FBI y meter sus narizotas en todo, le importase o no. Era poco menos que la pesadilla de los Departamentos de Huellas, Balística, Fichas, Laboratorios, Personal, Armamento, Equipos Especiales, Material... Menos mal que Tony Leopard era tan simpático que podía perdonársele todo. Incluso le habían perdonado que fuese millonario, y hasta agradecían que, siéndolo, dedicase su vida, íntegramente, al FBI.

De todo lo dicho, se desprenden dos cosas sobre Tony Leopard: A) Que Tony Leopard era un agente especial del FBI absolutamente consciente y siempre deseoso de trabajar en lo que fuese, de ayudar en todo y en cualquier momento, a sus compañeros. B) Que era un tío la mar de simpático.

Y de ahí vino todo, de la condición B).

Hay que recordar que Tony no era guapo, de acuerdo a lo que se entiende por esta tonta palabra. Tenía los cabellos color remolacha,

los ojos color verde pimienta, la boca grande, toda la cara llena de pecas, una narizota imponente... Y, pese a todo esto, no había mujer en el mundo que dejase de sonreír cuando Tony Leopard le preguntaba:

—¿Qué hay, guapa?

Malo.

Mal asunto.

En aquella ocasión, todo el encanto masculino de Tony Leopard se desmoronó, falló, simplemente.

La muchacha que llevaba un par de minutos deambulando por los pasillos de la Delegación del FBI, lo miró eso sí. Pero ni sonrió, ni pareció a punto de desmayarse de puro gusto, ni nada de eso. Lo miró, y eso fue todo.

Y Leopard, no poco decepcionado por su primer fracaso personal, continuó sonriendo, empero.

—Hola, jovencita... —insistió—. He dicho: «¿Qué hay, guapa?».

A simple vista la chica casi parecía tonta. Pero Leopard supo en seguida que eso, aquella simple mirada primera, sólo podía engañar a los auténticos tontos. Ella era de estatura mediana, tenía los cabellos color oro viejo, los ojos de un gris deslumbrante, la boca quizá un poco grande, sonrosada, y la barbilla redonda, graciosa. Como máximo, habría cumplido los veintitrés años. Como máximo, sí. Llevaba un vestido amarillo, zapatitos del mismo color y un diminuto bolsito blanco. Inmaculadamente blanco. Una deliciosa muñequita.

—Yo... Yo-yo-yo... quiero ver al jefe.

—¡Bravo! —exclamó Leopard—. Hasta habla y todo... ¿A qué jefe?

—Al del FBI, señor...

—Ah... Bueno, el señor Hoover está algo lejos ahora. Y supongo que muy ocupado, como siempre. Ya sabe, cosas de esas que justifican la existencia y supervivencia del FBI.

—¿No puedo verlo?

—¿Al señor Hoover? Temo que no. A menos que decida viajar a Washington, elevar una instancia, guardar turno durante un par de semanas... Lo siento; el protocolo es el protocolo...

—Pero... ¿no hay un jefe aquí, en Miami?

—¡Naturalmente que sí! Y ése es mucho más fácil de ver.

—¿Es... usted?

Tony Leopard frunció el ceño.

—Pues, no. Ya sabe, una de esas injusticias de la vida: que si uno es más viejo, que si lleva más años en el FBI, que si se ha jugado más veces la vida, que si tiene más éxitos personales en su haber..., Tonterías de esas. ¿Para qué quiere ver al jefe?

—¿Me... recibirá?

—Depende... ¿Cuál es su caso?

—Yo-yo-yo... Creo..., creo que mi padre ha desaparecido, o ha sido raptado, o..., algo así... Y como siempre he oído decir que el FBI resuelve...

—Personas desaparecidas... —sonrió desganadamente Leopard—. Es mejor que se dirija al Police Departament, nena. O a la Mor... —Leopard se mordió la lengua, de pronto, y sonrió con aquella simpatía tan personal; desde luego, no sería él quien le dijera a aquella muchacha que fuese a buscar a su padre a la Morgue—. Bueno, bueno... —Sonrió—. Creo que sería una buena idea ir a ver al jefe de este lugar.

—¿Por dónde se va?

—Por... Mire, el pasillo en que estamos... No. Mejor que tome el ascensor hasta... No... Tampoco... Demonios, ahora que pienso: hace lo menos cinco horas que no fastidio al jefe. La llevaré allá, nena.

* * *

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en Miami, alzó la cabeza con una mueca casi amable en su rostro, mirando hacia la puerta recién abierta.

Y la mueca casi sonriente se esfumó de pronto, al ver allá el rostro de Tony Leopard.

—¿Qué quieres? —Gruñó.

—¿Da su permiso, jefe?

—No. ¡Al demonio, Tony! ¿Qué quieres ahora?

Tony Leopard usó uno de sus muchos privilegios. Acabó de abrir la puerta sin haber recibido el correspondiente permiso, y dejó pasar a la muchacha. Cerró la puerta, llevó a la chica hasta uno de los sillones, la sentó allí y dijo:

—Jefe: le presento

a... a... a...

Bueno, pues no lo sé...

—Me..., me llamo Mary Lou Gardner —dijo la muchacha.

—Eso es... —Acabó Leopard.

Gordon los miró a los dos, pero acabó dejando su fría mirada gris fija en los ojos color pimienta de su agente favorito.

—¿Y bien? —Gruñó.

—Su padre ha desaparecido.

—¿Y qué?

—La señorita Gardner ha sugerido que quizá ha sido raptado.

—Ah... —La mirada gris se desvió hacia la muchacha—. ¿Por quién cree usted que ha sido raptado, señorita Gardner?

—No sé... Es que..., es que él me escribió una carta, me citó en Miami, en el circo, y no ha venido... Llevo dos días esperando y...

—Ejem... ¿En el circo?

—Sí, señor.

—Parece que su padre se ha retrasado, ¿no?

—No, señor. Papá jamás se ha retrasado en nada. Siempre ha sido el más puntual de los hombres. Si, él me escribió diciéndome que el día veintidós estaría en Miami, sólo quería decir que el día veintidós estaría en Miami.

—Entiendo... En el circo, ¿no?

—Sí, señor. Yo no... Bueno, no me gustó aquella chica, y creo que algo puede haberle ocurrido a mi padre, señor jefe...

—Inspector Gordon —gruñó éste, ante el sonriente Leopard—. ¿Por qué no le gustó aquella chica?

—Era muy bonita. Rubia, con dos ojos azules, muy hermosos, con un cuerpo muy..., muy...

—¿Bonito?

—No sé... Muy saludable, diría yo.

—Muy saludable... Qué bien. ¿Y qué fue lo que no le gustó de esa... chica?

—Me pareció... falsa.

—¿Falsa?

—Hipócrita, embustera, oportunista. Se lo dije luego a papá, pero él se echó a reír y me dijo que por mis tonterías no iba a desperdiciar la mejor oportunidad de su vida profesional.

—Muy bien. ¿Qué profesión tiene su padre?

—Fotógrafo. Ha hecho cosas muy buenas, como aquella de...

—¿En qué consistía esa oportunidad?

—Aquella chica rubia le dio una lista de nombres y domicilios, según creí. Claro que no puedo estar muy segura, y mi padre no quiso explicarme nada... Solo...

—¿Qué quiere decir eso de que «según oyó»? ¿Usted no estuvo presente en esa entrevista?

—No, señor. Yo estaba bañándome, cuando ella llamó a la puerta. Nuestra casa es pequeña, allá en Omaha, y oí muy bien cuando ella preguntó a mi padre si estaba solo. Mi padre dijo que sí, supongo que por la confianza que siempre hubo entre los dos... Bueno, ella entró, y le propuso a mi padre que tomase varias fotografías de cada una de las personas relacionadas con aquella lista. Cada una de esas personas vivían en lugares diferentes de Estados Unidos, y mi padre observó que aquello era muy costoso. Entonces, ella, la rubia, dijo que le pagaría un total de trece mil dólares por el trabajo. Mi padre...

—¿Trece mil dólares? —exclamó Gordon.

—Sí, señor.

—¿Quiénes son aquellas personas? Las de las listas, quiero decir.

—No lo sé. Mi padre no me enseñó luego nada. Me... esquivó. Al día siguiente, dijo que se iba, y que ya tendría noticias suyas. Y se fue...

—¿A Miami?

—No, señor.

—¿Adónde?

—No lo sé...

—Entonces..., ¿por qué ha venido a buscarlo a Miami precisamente, señorita Gardner?

—Es que... papá me... me envió una carta hace días... Me decía que en Miami...

—Perdón... ¿Puedo ver la carta? Leerla, entiéndame.

—Sí, señor, desde luego.

La muchacha abrió el bolsito, sacó un sobre y, cuando iba a ponerse en pie para llevarlo a la mesa de Gordon, Leopard se adelantó, lo cogió, sacó el pliego de papel y lo tendió abierto al inspector jefe de Miami, colocándose tranquilamente a su lado, para leerlo a la vez que Gordon...

La carta era autógrafa, no a máquina. Una letra angulosa, un tanto pesada, como si la persona que la había escrito no estuviese acostumbrado a hacerlo.

Decía:

«Mi pequeña Mary Lou:

He terminado ya el trabajo del que te hablé y ahora sólo tengo que cobrar, cuando lo entregue. Son trece mil dólares, y con ellos espero que podamos empezar de nuevo, con tranquilidad. De momento, pasaremos un mes de vacaciones en Miami, como siempre soñamos, y más adelante, espero que todo volverá a irme bien, como antes. Ya verás cómo encuentro un buen trabajo, en algún periódico o revista... Tu padre volverá a ser un fotógrafo cotizado. Como tengo el tiempo muy justo, no me es posible pasar a buscarte, pero eso no importa: te espero el día 22 en Miami, en El Carrousel Circus...

Muchos besos de
PAPA».

Los dos federales alzaron la vista casi a la vez, quizá Tony Leopard un par de segundos antes. Pero dejó la iniciativa a Gordon, que musitó:

—El día veintidós en El Carrousel Circus... ¿No se he presentado allí, señorita Gardner?

—No, señor. Y papá jamás se ha retrasado... Jamás. Es un hombre muy puntual, muy serio. Cuando yo llegaba algunos minutos tarde, me decía siempre que...

—¿Dice que vio usted a la mujer rubia?

—Sí, señor.

—¿Cómo era?

—Ya se lo he dicho... Rubia, muy bonita, con ojos azules... Sonreía muy... gratamente. Tenía unas piernas muy bonitas y... y

un cuerpo muy... muy...

—¿Saludable? —sonrió Leopard.

—¡Sí, señor! Oh, pero ya les he explicado...

—Sí, sí... Tenemos esa descripción, señorita Gardner. ¿Realmente no tiene idea del propósito de su padre al conseguir esa serie de fotografías?

—No, señor... Realmente, no.

—¿Tiene usted alguna fotografía de su padre, señorita Gardner?

—¡Sí, señor! Siempre llevo alguna encima... Los dos estamos solos, y siempre... siempre hemos estado muy unidos... Yo... yo creo que... que mi padre es un hombre maravilloso. Sé que no es gran cosa, porque ya es mayor y... y... y a veces no tiene suerte, pero yo lo veo como... como el mejor de los hombres. Y siempre me ha querido tanto... ¿Quiere ver una foto, señor?

El inspector Gordon tragó saliva.

—Desde luego; me gustará conocer a un padre que ha conseguido ese cariño de su hija, señorita Gardner.

La muchacha sacó la fotografía del bolsito y nuevamente Leopard se encargó de llevarla al inspector Gordon. Éste la examinó de un solo vistazo, que pareció superficial.

—Parece un hombre... cordial y honrado... —musitó—. Lo buscaremos con todo nuestro interés, se lo prometo. ¿Dónde está usted alojada?

—En una..., en una pensión llamada Sleeping... No recuerdo la dirección exacta, pero los taxistas saben...

—Entiendo. Nosotros también sabremos encontrarla, si tenemos precisión de comunicarle algo. Pierda usted cuidado, señorita Gardner; en cuanto sepamos algo, se lo diremos en el acto. Acompáñala afuera, Tony, ¿quieres?

—La llevaré a su pensión...

—No —cortó Gordon secamente—. Llévela afuera y vuelve. Ya ha dicho ella que los taxistas conocen la dirección de esa pensión.

Tony Leopard parpadeó mirando ya a la muchacha.

—Claro... La dejaré en la calle, señorita Gardner.

—Gracias... Son..., son ustedes muy amables...

Tony Leopard reapareció apenas dos minutos más tarde en el despacho de su jefe. Entró sin tan siquiera llamar y se quedó mirando fijamente a su superior, frunciendo el ceño.

—Bueno... —masculló—. A mí no me engaña como a esa chica, así que...

—Mira esto, Tony.

El

G-man

rodeó la mesa, colocándose una vez más junto a su jefe. Había ahora sobre la mesa de éste una carpeta que antes no estaba. Había sido abierta, y el primer folio, mecanografiado, tenía adherida con grapas una fotografía de un hombre de unos cincuenta años. Mirada reposada e inteligente, rasgos honrados, cabellos grises...

—Pero este hombre es...

—George Gardner. El padre de esa chica, Tony.

—Sí... Es el mismo de la fotografía que ella nos ha mostrado. No comprendo... ¿Qué hace aquí este expediente?

—El Police Departament, una vez más, recurrió a los ficheros de identificación del FBI. Nos pasó la fotografía de este hombre, así como su nombre y demás datos. Ultima residencia en Omaha, Nebraska, efectivamente. Tras recibir estos datos del PD, los enviamos a Washington, solicitando los complementarios. No había nada sobre George Gardner, excepto su participación en la segunda Guerra Mundial. Igual que muchos de su edad. Sin pena ni gloria. Soldado, cumplió y volvió. Por lo demás, nada. Ni una sola tacha en su vida privada.

Tony Leopard miró de nuevo la fotografía.

—Parece que este hombre está muerto...

—Solamente herido de gravedad. Ayer noche fue encontrado en el borde de una carretera, arrastrándose. Se le llevó a un hospital, donde se le apreciaron tres balazos en el pecho.

—¿Y todavía está vivo? —exclamó el

G-man.

—De milagro. O quizá no tanto milagro. Lo cierto era que llevaba una pequeña cámara fotográfica en un bolsillo interior de la chaqueta que amortiguó los impactos de las balas lo suficiente para que ninguna de ellas llegara al corazón.

—Bueno... No sé... ¿Por qué no se lo ha dicho a esa chica?

—No hay por qué alarmarla.

—Claro... Bien... Pero si su padre está vivo, ella debería...

—Esa pequeña cámara fotográfica de que te he hablado, era

especial para conseguir microfotos...

Tony Leopard se rascó las narices y acabó sonriendo secamente.

—¿Qué se está oliendo, señor?

—No lo sé, Tony. De veras... Pero... Bueno, ya sé que cualquiera puede tener hoy día una cámara de ésas, pero... Mira, muchacho, yo soy algo viejo ya, y no confío en nadie... Para mí, eso de las microfotos, y teniendo en cuenta que quien llevaba esa cámara ha sido encontrado herido de gravedad, me huele a...

—¿Espionaje?

—Ríete, si quieres. Tú eres de la nueva... ola.

Tony Leopard se dejó caer en un sillón, encendió un cigarrillo, se rascó la narizota y al fin musitó:

—¿Me voy a dar una vuelta por ese circo..., El Carrousel Circus...? Por cierto, nunca lo había oído nombrar antes de ahora...

—Debe ser uno de esos circos ambulantes, naturalmente. No será ningún problema localizarlo en Miami o donde sea.

—Okay. ¿Meto la nariz por allá, señor?

—Tu nariz es demasiado grande... —sonrió secamente Gordon—. Será mejor buscar otra más pequeña..., pero con buen olfato. Además, no estamos..., no podemos estar seguros de que éste sea un caso importante, digno de tu... categoría.

—Mire, señor, eso son tonterías que...

—Le buscaremos un novio a la chica, a Mary Lou Gardner.

—¿Un... novio...?

—Un chico guapo, claro, porque ella es muy bonita. Digamos... un muchacho agradable, tranquilo, con buena vista, que sepa hacer una visita reposada a El Carrousel Circus. Nada del otro mundo, claro... Una visita en la que el novio se interesa por el padre de la chica en cuestión... Cosa normal y natural...

—Veamos si lo entiendo... —musitó Leopard—. ¿Espera usted, quizá, que en ese circo esté la chica rubia de ojos azules y cuerpo... saludable que contrató a George Gardner?

—Es una posibilidad...

—Claro, claro, claro... Puedo ir yo y verla si...

—Tú, no. Tranquilo, Tony. Esto puede ser un caso de poca importancia, y prefiero tenerte siempre a punto por si ocurre algo serio. En Miami, tenemos la desventaja de estar demasiado cerca de Cuba, de Centro-américa, de Sudamérica... Y esos guerrilleros de

Bolivia, y todos esos jaleos... Prefiero tenerte de reserva... Yo tengo un nombre pensado para esto de hacer el papel de novio de esa chica... Claro que si no te parece idóneo, escucharé tu sugerencia, porque nadie mejor que tú para conocer a tu compañero que...

—¿Benny Star? —sonrió Leopard.

El inspector Gordon soltó un resoplido.

—Maldita sea, Tony... A veces, hasta a mí me irritas, con esa asquerosa perspicacia... Ve a llamar a Benny, ¿quieres?

CAPÍTULO III

—¿Señorita Gardner?

—Sí... Sí, señor...

Y tan sólo con decir aquello de «Sí, señor», la muchacha enrojeció violentamente, como si su linda cara fuese a estallar. Ciertamente que el tipo era impresionante, pero, además, ella era tan tonta, tan tímida... ¿Por qué sonrojarse delante de un hombre que, al fin y al cabo, medía solamente seis pies y una pulgada, tenía los cabellos rubios, los ojos muy grises, la mandíbula tremendamente fiera, los hombros muy anchos, las manos muy grandes, el cuello como un cable de acero apto para elevar un portaaviones, la sonrisa grata y viril...?

—Me llamo Benjamín Star, señorita Gardner. Soy su novio.

—Tanto gust... ¿Mí..., mi..., mi...?

—Su novio —sonrió el tremendo Benny Star.

—Pu..., pues...

—¿Puedo pasar? Me envía el FBI.

—Ah... Del..., del FBI... Sí, sí. Pase...

—Muchas gracias.

Benny Star entró en la habitación que la muchacha ocupaba en la pensión llamada Sleeping. Corriente... Muy corriente. Una sala más bien pequeña, dormitorio, y servicio de aseo, eso era todo. Muebles no muy nuevos, pero todo muy limpio.

Mary Lou Gardner estuvo observando, turulata, el paseo lento y metódico del hombre del FBI. Entró en todas partes, miró bajo la cama, el sofá, los sillones, las paredes, detrás de los cuadros, las ventanas, las macetas... Todo. En menos de dos minutos, el tipo llamado Benjamín Star lo había examinado todo, como si aquello fuese pura rutina, cosa de todos los días... Y a lo mejor así era...

—No hay nada —dijo.

—¿No... hay nada...?

—Nada peligroso. En estos casos, nunca se sabe.

—¿En..., en qué... en qué... casos?

—¿Le molesta que fume?

—No... No, señor, al contrario... Yo..., yo también.

Benny Star asintió con la cabeza. Encendió un cigarrillo, se lo puso en los labios a la muchacha y luego encendió otro, que se quedó colgando simpáticamente entre los suyos. Con un ojo cerrado, ladeada la cabeza, sonrientes los labios, el

G-man

dijo:

—Soy un chico con suerte. ¿No le parece?

—No sé... No..., no sé, señor Star...

—Tiene que llamarme Benny. No olvide que soy su novio...

—Yo..., yo no tengo novio, y..., y...

—¡Ya lo creo que tiene novio!

—No... No, señor, no...

—Que sí, que sí... ¿O no soy yo nadie?

—Sí... Sí, señor... Es muy alto y..., y se le ve..., desde muy lejos, sí...

—Venga... Estaremos mejor sentados.

—Sí, claro.

—Clarísimo.

Benny Star se sentó, tirando de una mano de Mary Lou, para que ella hiciera lo mismo, en el sofá. Sin soltar aquella mano suave, el G-man

explicó rápidamente:

—Parece que tenemos una buena pista de su padre, señorita Gardner. Mmmm... Digamos que, por coincidencias... generales, no interesa, de momento, hablar de él como si estuviera... vivo. Así, pues, aunque comprendo que eso va a afectarla, hablaremos de George Gardner como si estuviera... muerto.

—¡Dios mío...!

—No, no... Mire, yo...

—¿Dónde está mi padre?

—No lo sabemos aún... —mintió Star—. Pero tenemos una pista más que buena. Mire, señorita Gardner, usted fue a pedir ayuda al

FBI, ¿no es cierto?

—Sí... Sí, señor.

—Pues el FBI se la brinda por completo. Esperamos que dentro de unos pocos días usted y su padre se reunirán tranquilamente. A cambio de eso, el FBI le pide un pequeño favor...

—¿Cu..., cuál favor...?

—Que sea mi novia. Puro truco profesional, señorita Gardner. Comprenda que todo será más... comprensible si yo me presento en el... En ese El Carrousel Circus, preguntando por su padre, llevándola del brazo a usted, que si lo hago por mi cuenta. Aunque siempre hay quien nos critica, los del FBI preferimos trabajar en silencio, en el anonimato, si es preciso. Es un buen sistema.

—Se..., señor Star..., no comprendo... Todavía no comprendo...

Benjamín Star se quedó mirando pensativamente el humo de su cigarrillo, durante casi un minuto.

—Señorita Gardner —musitó al fin—, no es corriente que un fotógrafo del montón como es su padre, gane trece mil dólares por un mes de trabajo. Es mucho dinero. No una fortuna, claro, pero sí mucho dinero. Luego, están esas fotografías que él debía tomar... Nosotros, el FBI, nos preguntamos qué clase de personas eran ésas cuyas fotografías valían trece mil dólares. Luego, hay otro factor: su cita en El Carrousel Circus..., y no se presenta. Usted misma asegura que él era puntual, cumplidor, exacto. Si no se ha presentado, es porque algo no ha ido bien... Entonces, nosotros, el FBI, pensamos que no hay motivos para que la toma de fotografías de unas cuantas personas normales represente ninguna clase de dificultad. Y como, al parecer, su padre está en alguna dificultad, nosotros queremos saber de qué va ese asunto...

—Pe..., pero, señor Star..., mi padre..., mi padre...

—Hemos requerido de Washington datos sobre su padre. Un hombre estupendo, honrado, normal... Tiene en su haber un buen comportamiento durante la segunda Guerra Mundial. Afortunadamente, en Estados Unidos hay muchos hombres como su padre, y aunque eso es agua vieja, los jóvenes estamos agradecidos y satisfechos de la generación anterior.

—Es..., es usted muy amable...

—Y además, soy agente especial del FBI. Eso quiere decir que tengo que trabajar mucho y muy duro, señorita Gardner. Por el

momento, mi trabajo consiste en ser su novio, a fin de poder presentarme con legítima curiosidad en El Carrousel Circus, para, los dos juntos, preguntar por papá George. ¿Está usted de acuerdo?

—No..., no entiendo esto muy bien, pero sí... Sí, claro, estoy de acuerdo.

—Okay. Entonces, ¿somos novios?

Mary Lou Gardner volvió a enrojecer.

—Sí, señor Star... Somos... somos novios...

—Felicidades —sonrió Benny Star.

* * *

Ira Koziell, fotógrafo de profesión, se sobresaltó cuando oyó la llamada a la puerta de la cabaña que ocupaba en el Shore Motel, en North Miami Beach, de acuerdo a las instrucciones que había recibido un mes antes.

Durante unos segundos, se quedó mirando la puerta, tenso, casi asustado. Por fin, tras aparecer una dura mueca en su granítico semblante, se acercó y preguntó quedamente:

—¿Quién es?

—Abra, Koziell.

Reconoció la voz en el acto, y ahora, la dura mueca casi se convirtió en sonrisa... no menos dura. Abrió la puerta y se quedó mirando a la hermosa muchacha rubia de los ojos azules, la cual, tras un gesto de impaciencia ante el silencio expectante de Koziell, lo apartó suavemente y entró en la cabaña.

Ira Koziell cerró la puerta, como con desgana, y se volvió hacia la muchacha.

—¿Trae el dinero? —preguntó.

—Desde luego... Tiene las fotografías, supongo.

—Nunca fallo.

—Espléndido... Vamos a ver esas películas, Koziell.

Éste asintió con la cabeza, acercándose al sillón. Se sentó, alargó la mano, y tomó la botella de *whisky* que había en la pequeña mesita. Bebió un buen trago y luego alargó la botella.

—¿Quiere? —ofreció.

—No. Quiero las fotografías...

—Bien... Creo que eso tendrá que ir más despacio, señorita Margarita...

—¿De dónde saca que me llamo Margarita? En ningún momento mencioné nombre alguno.

—Ya sé, pero de algún modo tengo que llamarla, ¿no? La rubia se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Qué es lo que tendrá que ir más despacio, Koziell? No le entiendo.

—Yo tampoco la entiendo a usted. Me dijo que viniese a Miami, que me alojase en este motel, y que el día veinticuatro, o sea, hoy, la fuese a encontrar en El Carrousel Circus, indicándome el lugar donde éste habría sido montado... Sin embargo, me llama este mediodía al motel y me dice que vendrá usted personalmente... ¿Por qué?

—No creo que eso tenga ninguna importancia.

Ira Koziell quedó pensativo unos segundos.

—Es cierto... —admitió—. No tiene ninguna importancia. Al fin y al cabo, me ahorra molestias. Por lo tanto, vamos a dejarlo. Pero no así el asunto de las microfotos, casi cuatrocientas, que he tomado de acuerdo con sus instrucciones...

—¿Las tiene aquí?

—Sí, sí...

—Yo tengo el dinero. Entrégueme las fotos y el asunto está terminado.

—Ya le digo que hay que ir más despacio; conviene aclarar dos puntos, antes de finalizar el... acuerdo.

—¿Qué puntos?

—Primero: quiero más de trece mil dólares.

—¿Por qué? Estoy segura que jamás en su vida ha obtenido un trabajo mejor pagado que éste, Koziell.

—Eso lo admito ahora mismo, y sin rubor, Margarita. Pero es tontería cobrar trece mil dólares por algo que seguramente vale unos ciento treinta mil, o sea, diez veces más.

—Sé multiplicar... —dijo fríamente la rubia—. ¿Y en qué basa esa desorbitada pretensión, Koziell?

—En el segundo punto que quiero aclarar. Es éste: de algunas personas de las cuales he tomado fotografías, he requerido datos personales... De un modo muy discreto, desde luego. Y, la verdad, he quedado intrigado, muy intrigado: ¿por qué todas estas personas, mujeres jóvenes, señoras de mediana edad, viudos solitarios..., son

familiares de militares de Estados Unidos?

—No es cuenta suya...

—Seguramente, no. Pero me gustaría saberlo. ¿Por qué esas personas son familiares de militares? Estoy intrigado... Y, naturalmente, me huelo algo muy sucio.

—¿Sucio? Ya le dije que...

—Oh, sí, sí... —despreció Koziell con un gesto—. Recuerdo muy bien esa tontería del programa de televisión, Margarita. No pretenderá usted que me lo crea, ¿eh?

—Los demás lo han creído, Koziell.

—¿Los demás? ¿Quiénes son los demás?

—No es usted el único fotógrafo que ha trabajado para mí. Hay nueve más, con los cuales ya he liquidado. Usted es el último, de modo que no me complique la vida ahora. Si quiere más dinero, procuraré reunir unos miles de dólares más, y le...

—Quiero, exactamente, doscientos cincuenta mil dólares...

—¿Está loco? —exclamó la rubia.

—Es posible. Apostaría algo a que los otros nueve fotógrafos eran como yo: pobres diablos fracasados, que aceptaron este trabajo como quien ve caer el maná del cielo. Igual que a mí, a los demás se les debió pedir el máximo secreto. Era para un nuevo y sorprendente programa de televisión, y había que hacerse muy bien las cosas, con absoluta discreción... Y supongo que todos han seguido esa consigna.

—¿Usted no?

—También. El asunto es demasiado bueno, sin duda, para que yo comparta los beneficios con nadie. Mire, Margarita, no nos engañemos... Yo estuve trabajando un tiempo con una agencia de detectives privados de Los Ángeles. Me pagaban bien, hasta que se cansaron de algunos fallos míos... Esto es como todo: se pierde fuerza, reflejos, vista... Y ya está uno imposibilitado para cierta clase de trabajos que requieren esos detalles... La falta de rapidez, de reflejos, y de vista, trae consigo el fallo en la discreción, lo cual es fatal para un fotógrafo... secreto. Entonces, a mí me quedan dos caminos. Uno, conformarse con ser un fotógrafo vulgar, de sucesos públicos, como incendios y cosas así de tontas; y dos, no conformarse con eso y, en cambio, establecer una agencia de fotógrafos... Esa agencia costaría doscientos cincuenta mil dólares,

para ser puesta en marcha.

—Usted está loco —afirmó ahora la rubia.

—No, no... Lo que ocurre es que me encuentro viejo y algo cansado. Y no me resigno a hacer fotografías de cosas tontas. Quiero tener mi propia agencia, de muchachos jóvenes, que trabajen como trabajaba yo no hace todavía diez años. Sé muy bien lo que vale a veces una fotografía. Aquellos detectives privados de Los Ángeles...

—Acabemos, Koziell; quiero esas fotografías...

—Las tendrá... cuando me traiga doscientos cincuenta mil dólares. ¿Acepta o rechaza? La rubia vaciló visiblemente.

—Lo pensaré.

—Así me gusta. Tiene seis horas para ello. Ni un segundo más. Si al cabo de ese tiempo no está aquí con el dinero restante, las fotografías irán a parar al Departamento de Defensa de Estados Unidos.

La palidez de la bella rubia fue del todo evidente, visible.

—¿Haría eso, Koziell? —musitó.

—Puede estar segura de que sí. Y ahora, por aquello de no perderlo todo, entrégume los trece mil dólares que asegura venía dispuesta a pagarme aquí.

—Bien —la rubia alzó el bolsito—. Le daré ahora ese dinero y...

Ira Koziell saltó tan velozmente como pudo hacia la muchacha y le arrebató el bolso de un tirón. Ella respingó y se quedó mirándolo con los ojos abiertos.

—¿Qué...?

—Tranquila, Margarita. Yo recogeré ese dinero. No me gusta su aspecto tan reposado tras haberle pedido un cuarto de millón...

Koziell había abierto el bolso, y metido dentro su mano derecha. Tocó aquella cosa fría, metálica, y alzó la vista, entornando malignamente los ojos.

—Vaya —musitó—. Parece que llevaba una pistola, Margarita... Supongo que debe ser para protegerse de los ladrones. En cambio, mi mano no nota aquí dentro nada que parezca dinero... ¿Quizá pensaba pagarme en un cheque? ¿O... jamás pensó en pagarme?

—No me fiaba de usted, Koziell, eso es todo.

—¿No se fiaba? ¿En qué sentido?

La pistola apareció firmemente empuñada por Ira Koziell, que

no parecía estar muy seguro respecto a lo que hacer con ella.

—Creí que no cumpliría su palabra, que no tendría las fotografías...

—No diga estupideces —gruñó el fotógrafo—. Usted se enteró bien de quién era yo, y lo mismo debió hacer con los otros nueve: gente honrada y tranquila, con escasa suerte en los últimos tiempos... Teníamos que ser todos así. Y usted escogió muy bien a los diez hombres, de eso estoy seguro. Sólo que, según parece, yo he resultado más listo que los demás. Por cierto: ¿ellos cobraron con esto?

Movió la pistola, fijos sus ojos en los inmensamente azules de la muchacha rubia. Tan intensamente azules, que parecían pintados en lugar de ser el color natural del iris. Era en verdad bonita, pero se pintaba quizá demasiado la boca, como los ojos, maquillaje facial, pestañas postizas... Sí... Ira Koziell, buen fotógrafo a fin de cuentas, todavía conservaba una vista más que aceptable.

—¿Cobraron con esto? —insistió roncamente.

—Está cometiendo un error, Koziell.

—¿Sí? Pues aún voy a aumentar ese error: voy a llamar a la policía... No, al FBI, eso es. Contraespionaje en territorio nacional... Lo voy a llamar y les voy a entregar los microfilmes... y a usted...

—Koziell..., no haga esto. Tendrá sus doscientos cincuenta mil dólares...

El fotógrafo achicó los ojos. Estuvo pensativo casi un minuto. Por fin movió negativamente la cabeza.

—No. Voy a llamar al FBI. No me gusta esto ni una pizca.

Se movió hacia la repisa donde estaba el teléfono. Un movimiento que apenas si pudo ser iniciado, porque comprendió en aquel mismo instante que iba a ser atacado. Y en su derrota velocísima, influyeron dos factores. Uno, que no esperaba aquello de la hermosa muchacha rubia. Dos, que la rubia, con el primer golpe dado en su muñeca con el canto de la mano, le arrancó la pistola, que saltó hacia un ángulo del pequeño *living* de la cabaña.

Y sin transición, la otra mano de la rubia, nuevamente de canto, golpeó a Ira Koziell paralelamente en la boca, con tal fuerza y habilidad que el fotógrafo salió disparado hacia atrás, manoteando desesperadamente, buscando un asidero que no estaba a su alcance. Cayó de espaldas, resbaló, manchándose de sangre todo el rostro

alrededor de los reventados labios... y se dio cuenta de que la pistola estaba a menos de una yarda de su mano.

Se arrastró rápidamente hacia ella, jadeando, y cuando su mano caía sobre el arma, uno de los pies de la muchacha cayó sobre su mano, reteniéndola fuertemente contra el suelo. Y al mismo tiempo, la rubia se alzaba las faldas con una mano, mostrando a Ira Koziell unas piernas perfectas, bien musculadas, fuertes y finas al mismo tiempo... Pero la navaja pegada en un muslo con esparadrapo llamó mucho más la atención del fotógrafo, que abrió la boca, presta para el grito, mientras sus ojos se desorbitaban.

La rubia arrancó la navaja de un tirón, apretó el resorte, al mismo tiempo que lanzaba la mano hacia adelante, y la aguda y brillante hoja se hundió en el final de la garganta, justo por encima de la unión de las clavículas. Un ronco estertor brotó de la ensangrentada boca de Ira Koziell, y todo su cuerpo se estremeció violentamente. Se tensó, sus ojos parecieron ir a salir de las órbitas y, de pronto, se relajó.

Estuvo unos segundos contemplando el cadáver de Ira Koziell. Luego, recogió el bolsito, sacó unos guantes finísimos, de malla de media femenina, y se los puso. Volvió junto a Koziell, le tomó el pulso, y tras asegurarse de que estaba muerto, lo registró concienzudamente, con una habilidad que sólo podía tener una profesional en aquellas actividades.

Una habilidad que dio resultado. Con exquisito cuidado, los dedos de la muchacha tiraron lentamente de un extremo del microfilme que apareció cuando, tras palpar el cuello de la camisa, la descosió con la punta de la navaja, limpiada con toda indiferencia en la ropa de Ira Koziell.

El microfilme era muy largo. Pero no sólo eso, sino que había otro. Ira Koziell había sido tan amable de soldar en sólo dos tiras el conjunto de microfilmes que componían su trabajo.

El microfilme desapareció en el bolsito de la rubia. Luego, ésta atisbo por las ventanas de la cabaña, consideró que no había peligro, y salió al pequeño porche. De allí, con paso vivo, se dirigió a la salida del motel. Casi respingó al cruzarse con una pareja de jóvenes que iban besándose con gracioso picoteo, bajo las mimosas del corto paseo que llevaba a la calle.

La jovencita dijo algo, tímidamente, pero su flamante esposo se

limitó a sonreír, y después de darle otro besito dijo algo que hizo reír a la reciente desposada.

La rubia bautizada Margarita pasó rápidamente junto a ellos, volviendo la cabeza hacia el otro lado del paseo, con lo cual se ganó la simpatía del joven marido.

En la calle, Margarita casi corrió hacia un coche que esperaba a unas ciento cincuenta yardas. La portezuela de atrás se abrió antes de que ella llegara, de modo que sólo tuvo que entrar y sentarse, al tiempo que el coche se ponía en marcha.

Había un hombre al volante y otro sentado junto a él. En el asiento de atrás había solamente un personaje. Un chino menudo, de no menos de sesenta años, vestido a la americana con absoluta corrección. También su inglés fue nítido, perfecto.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó.

—Pero ha habido dificultades, ¿no es cierto?

—Así es.

El rostro del chino no se alteró, pero sus palabras expresaron disgusto, o, cuando menos, disconformidad.

—No le contraté a usted para que las cosas fueran mal.

—Los diez están muertos, Ho Chin. ¿Qué más quiere?

—Sólo desearía que no surgiesen complicaciones. Si atrapan a uno, nos atrapan a todos.

—No debe preocuparse por eso. Sé hacer bien las cosas. Koziell era el último, y está muerto, como los demás. Ha sido el más difícil, pero lo he solucionado... Quería doscientos cincuenta mil dólares por los microfilmes.

—¿Ha sospechado algo?

—No... Es decir, algo sí... Pero no importa ya.

—Ojalá sea así. Bien, si ya ha conseguido los microfilmes de ese hombre, quiere decir que los tiene todos... ¿Cuándo me los entregará?

—Quiero soldarlos todos y...

—Yo puedo encargarme de eso. ¿Por qué quiere complicarse la vida? No es propio en los espías profesionales. Entrégueme todos los microfilmes y yo me encargaré del resto.

—Bien. Creo que tiene razón. Si tengo tiempo y oportunidad, los soldaré todos, y se los entregaré en una sola tira, en una aburrida película de caras y escenas familiares... Si no me es posible, se los

entregaré sueltos...

—¿Cuándo?

—¿Tiene preparados los dos millones de dólares?

—En todo momento...

—De acuerdo... —La rubia señaló el radioteléfono del coche—. Le avisaré cuando llegue el momento y nos encontraremos en un lugar conveniente...

—Muy bien. Confío en usted, en su trabajo, ya lo sabe. Ahora, hay algo más que me tiene... preocupado. ¿Qué hay respecto a Lamont Addison? Supongo que usted sabe que él está en Miami..., y que ha rondado ya un par de días por el circo.

—Está impaciente por cobrar, es natural —sonrió la muchacha—. Supongo que está esperando el momento en que yo me presente a él y le pague sus trescientos sesenta mil dólares. Ése fue el trato: mil dólares por nombre y dirección. Y puesto que entregó trescientos setenta nombres y direcciones de militares combatientes en Vietnam, quiere cobrar.

—¿Y... le pagará...? —sonrió apenas el chino. Margarita también sonrió.

—No sé... Me consta que Lamont Addison pidió sus vacaciones para poder venir a Miami con plena justificación, y cobrar el trabajo que ha hecho para mí.

—No me gustan los traidores —dijo Ho Chin—. Son útiles, sin duda, pero no me gustan..., cuando no son ya necesarios.

—Entiendo... Pero hay que ir con cuidado con eso, Ho Chin. Lamont Addison, a fin de cuentas, es un oficial del Alto Mando del Departamento de Defensa, en Washington. No sé hasta qué punto es conveniente eliminarlo.

—Bien... Usted es espía profesional igual que yo. Supongo que no le será difícil saber lo que le conviene.

—Lo pensaré detenidamente. Usted esté atento al radioteléfono.

—Oh, sí... ¿Adónde quiere ir ahora?

—Déjeme cerca del Carrousel, naturalmente... —sonrió Margarita.

CAPÍTULO IV

Había un hermoso carrusel, pintado de vivos colores alegres: rojo, azul, verde, blanco, naranja... La enorme rueda giraba a buena velocidad, subiendo y bajando en continuo giro las cabinas descubiertas en las que se sentaban gentes de todas ciases y edades, pero predominando los jóvenes de quince a veinte años. También había muchos niños que disfrutaban del vértigo de la bajada de su cabina a cada giro de la gigantesca rueda. Las jovencitas lanzaban gritos de alegre espanto, algunas chillaban, otras reían, se abrazaban a sus novios. El carrusel giraba y giraba, llenándolo todo de colores alegres, de risas, de gritos divertidos... Debía medir no menos de cincuenta pies de diámetro y estaba firmemente asentado sobre una gran plataforma, que ayudaba a que la altura alcanzase casi los sesenta pies. Verdaderamente, ir allá arriba requería unos nervios muy templados, o unas buenas ganas de divertirse gritando, notando el vértigo, aquel vacío en el estómago.

—Es muy bonito —susurró Mary Lou.

—Sí —suspiró Benny Star—. Lo es. ¿Quieres que subamos?

—¿Ahora? —se sorprendió la muchacha.

—Mmmm... Claro, no es el momento... Bueno, ya volveremos en otra ocasión, ¿verdad?

—No sé... Me gustaría... ¡Es tan bonito!

—Todo es bonito en el circo —sonrió nostálgicamente Star—. Vamos a ver al dueño de esto.

El carrusel seguía girando, girando... A su alrededor, había toda clase de atracciones, para grandes y chicos; aparatos para probar la fuerza, espejos deformadores, barracas de tiro al blanco, montañas rusas... Y cerca del carrusel, la gran tienda de lona, la carpa circense, con su gran mástil sobresaliendo en el centro, tan alto o

más que lo más alto del carrusel. Y en lo alto del mástil, una simple bandera, de fondo amarillo, en la cual destacaba el rostro sonriente de un payaso, enmarcado en la imitación exacta de la gigantesca rueda del carrusel de alegres colores. Allá estaba. El Carrousel Circus. Todo era ruido, gritos, voces, sonidos de los disparos del tiro al blanco, música, rechinar de mecanismos... El Carrousel Circus se extendía por la gran explanada de hierba, perfectamente instalado, bien acondicionado. Al fondo, las jaulas con los animales: tigres, leones, monos, caballos, perritos amaestrados, focas, cakatúas... y elefantes, naturalmente. Allí había de todo: desde el espectáculo circense propiamente dicho, hasta las atracciones del exterior, empezando por el enorme carrusel.

Un hombre ataviado con un mono amarillo, gorra del mismo color, descalzo, llevando un cubo y una gran escoba, pasó cerca del agente del FBI y la muchacha, y el primero lo llamó.

—Oiga... ¿Dónde está el dueño o jefe de esto?

El empleado del circo señaló hacia la carpa de lona, con su escoba.

—Ahí dentro, saltando.

—¿Saltando?

—Sí, señor.

Y el hombre continuó su camino, refunfuñando.

—Bueno —dijo Star—. Vamos a ver a ese hombre que está saltando. Usted no deje de mirar a su alrededor. Si viese a la muchacha rubia, dígamelo..., pero sin que ella se dé cuenta. ¿Entiende?

—Sí, señor.

Benny frunció el ceño. Pasó un brazo por los hombros de la muchacha, y la atrajo hacia su costado.

—Estamos haciendo muy mal el papel de enamorados, Mary Lou. Es mejor así, abrazados.

—Sí... Sí, señor...

—Sí, Benny —corrigió el G-man.

—Sí..., Benny.

—Okay. Vamos a ver al saltarín.

Entraron bajo la gran lona. Había gente que iba apresuradamente de un lado a otro, con escobas, con serrín, con

grandes bolas pintadas de colores y con estrellas azules... En lo alto, a unos cuarenta pies, tres hombres manipulaban en los cables de los trapecios. En la pista había dos enanos empujándose muy seriamente, y cada vez que se levantaban hacían un comentario y volvían a empujarse, buscando la mayor comicidad en la caída... Un payaso los miraba y hacía observaciones entre mordisco y mordisco a una enorme banana.

Casi en el centro de la pista, había un soporte metálico, que sostenía tensa, con muelles, una lona rectangular, de unas cuatro yardas de largo y tres de ancho. En ella, un hombre con el clásico maillot blanco de los acróbatas, todo ceñido, daba algunos saltos al derecho y al revés, que a Benny no le parecieron gran cosa.

Se acercó allá y se detuvo junto a la tensa lona, alzando y bajando la cabeza mientras él subía y bajaba.

—¿Es usted el dueño de esto? —preguntó el G-man.

El hombre dio un par de vueltas más, y se dejó caer sentado en la lona. Rebotó, se sujetó al borde, y se quedó mirando a Star, con mirada penetrante. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de hombros anchísimos, tan sólidos, como una muralla, igual que los brazos, musculados asombrosamente. Las manos parecían tenazas de acero, la cintura era estrechísima. Rostro seco, anguloso, ojos negros, boca grande, como un corte en una roca, barbilla firme. Varonil y agradable, pese a su gesto seco, casi huraño. Llevaba el pelo muy corto, y se veían algunas canas erizadas.

—¿Qué desea?

—Bueno, quería preguntarle...

—¿Busca trabajo? ¿Es acróbata? ¿Volador?

—No, no, perdone...

El hombre miró los hombros de Benny Star, su cuello, sus fuertes manos grandes y duras..., y pareció sorprenderse.

—¿No es saltimbanqui?

—Pues, no. Solo..., sólo queríamos preguntarle si usted conoce a George Gardner.

—¿George Gardner? No... ¿Está en el Carrousel? Me extrañaría, porque conozco muy bien a todo mi personal y...

—No, no, señor... Es fotógrafo... Es el padre de mi novia... —Apretó un poco los hombros de Mary Lou—, y lo estamos buscando.

—Bueno —parpadeó el hombre—. No conozco a ese hombre, desde luego. Al menos por el nombre... ¿Cómo es?

—¿Quiere ver una fotografía?

—Será lo mejor. Pero no comprendo por qué lo buscan aquí... ¡Gedeón! —gritó de pronto—. ¡Maldito seas, me gustaría saber dónde has estado metido! ¿Has visto a Thelma?

Mary Lou y Benny se volvieron y vieron a un hombre corriendo hacia ellos, acabando de ajustarse a los hombros los tirantes del blanco maillot de trapeceista. Apenas hecho esto, pareció tropezar y caer al suelo de cabeza... Pero lo que hizo fue empezar a rodar hacia la lona, tensa, a una velocidad vertiginosa: manos, pies, manos, pies, manos... Dando vueltas, llegó cerca de la lona, y el interlocutor de Benny y Mary Lou se apresuró a salir de ella, mientras el recién llegado daba un descomunal salto que lo elevó no menos de nueve pies, para caer sobre la lona, donde rebotó, dio un salto mortal, el doble salto mortal, el triple salto mortal...

Hecho esto, se dejó caer sentado, se aferró al borde y se quedó mirando a su jefe, con simpáticos ojos negros, brillantes, burlones.

—No la he visto —dijo, sin jadear siquiera—. Pero ya verás cómo no tarda en aparecer, Joseph.

—Estoy harto —masculló éste—. Os lo he estado recordando toda la semana: hoy es sábado, hay función extraordinaria por la noche, tenemos ese nuevo número con tu triple salto y...

—¿Por qué refunfuñas siempre? —sonrió Gedeón—. Sabes muy bien que nunca fallamos, y que a mí me basta practicar quince minutos para dominar cualquier pirueta... ¿Acaso tú te sientes flojucho hoy, Joseph? ¿No podrás sostenerme?

Se quedó mirando, sonriente, los férreos brazos de Joseph Giford, el cual acabó por sonreír, sin poder evitarlo.

—Está bien, está bien... Sigue calentándote. En seguida estoy contigo, y probaremos el salto..., ¡si viene Thelma de una maldita vez!

—Vendrá, hombre, vendrá... —Gedeón se quedó mirando a Benny y a Mary Lou, especialmente a ésta—. ¿Son periodistas, Joseph?

—No. Están buscando a... ¿Tienen la foto?

Star se la tendió y Giford movió negativamente la cabeza.

—No... No lo he visto nunca. ¿Lo conoces tú, Gedeón? ¡Hey,

Thelma...! ¡Te estás buscando un disgusto muy serio con tu empleo...!

Una muchacha muy joven, preciosa, de grandes ojos azules, y cabellos negros, llegó corriendo.

—Joseph, lo siento...

—¡Lo sientes! ¡Ya casi no tenemos tiempo de probar esos saltos antes de la función...! ¡Forrest! —gritó—, tensa más esa red. ¿Dónde demonios has estado metida toda la tarde?

—Empezaré en seguida, Joseph... Hola, Gedeón.

—Hola, preciosidad voladora —guiñó un ojo Gedeón—. Date prisa en ponerte la ropita de trabajo, o el jefe te devora...

—Oh... No quiero perder más tiempo. ¡En seguida estoy lista!

Se desnudó en un instante, quedando solamente en dos piezas que hacían el servicio de un bikini. Mary Lou se mordió los labios, y Benny Star tragó saliva.

—¡Venga, venga, a la lona! —ordenó Giford—. ¿Qué, Gedeón? ¿Conoces a este hombre?

—No... ¿Qué pasa con él?

—Éstos lo están buscando... ¿Lo conoces tú, Thelma?

La espléndida y joven morena tomó la fotografía, miró el rostro de George Gardner y movió negativamente la cabeza.

—No... ¿Quién es?

—Se llama George Gardner, dicen estos jóvenes, —tomó la fotografía y la tendió a Benny, el cual la devolvió a Mary Lou—. Bueno, lamento no poder serles útil, muchachos. Una cosa, ¿por qué lo buscan en mi circo? Jamás ha estado conmigo, estoy seguro.

—Bueno, es que Mary Lou..., mi prometida, recibió una carta de él, citándola en Miami, precisamente aquí, en El Carrousel Circus...

—Ah... Bien, es posible que durante la función de esta noche aparezca este hombre, y podrán...

—No... No, señor, no... La cita era hace dos días.

—¿Y no le han visto por aquí? Fuera, en las atracciones, no en la carpa...

—No, señor...

—Bien... No sé qué decirles, francamente. Perdonen, pero tenemos mucho trabajo aún. Los Albatros no podemos defraudar al público...

—¿Los Albatros?

—Nosotros tres: Thelma Hope, el más bello complemento y ágil saltadora; Gedeón Erkzenic, el mejor «ágil» de Estados Unidos...

—¡Eh! —protestó el joven acróbata—. ¡Del mundo...!

—Del mundo —sonrió Giford—. Y yo, Joseph Giford, el portor.

—Si... lo tendremos en cuenta. Ya hemos visto que el señor... Exc Atz...

—Erkzenic —rió el joven.

—Sí... Ya hemos visto que es muy ágil. Claro que su... escasa envergadura se lo permite... Mmmm... Señor Giford, perdone... ¿Tampoco ha visto por aquí a una chica rubia?

Joseph Giford quedó boquiabierto.

—¿Habla en serio? ¡Veo cada día cientos de rubias!

—Bueno... Sí, lo comprendo... Yo le pregunto si hay alguna chica rubia en el circo... Descríbesela, Mary Lou.

—Era un poco más alta que yo, con los ojos azules, muy bonita, un cuerpo muy esbelto, elegante y... No sé... Flexible, quizá... Pero fuerte...

—¿Una trapecista? —preguntó Thelma Hope—. Parece que me está describiendo a mí, señorita. Sólo que no soy rubia, claro...

—No... No era usted... Mi padre y ella tenían... un negocio en común, y quizá ella sí esté por aquí, por el circo...

—¿Y cree que si la encuentra a ella lo encontrará a él?

—Pues, sí...

—Bien —cortó Giford—. En el circo hay rubias, morenas, pelirrojas, castañas, trigueñas, platinos... De todo. Sólo que cambian de color cuando les parece. ¿También tienen una fotografía de la rubia?

—No... De ella, no.

—Pues lo siento. Miren, no quiero parecerles brusco, pero mi trabajo me lo tomo en serio, aunque sea el dueño de todo esto... Pueden ustedes recorrer El Carrousel de punta a punta, buscando a su padre y a esa rubia. No puedo hacer más. Perdonen, pero...

—Le entendemos, señor Giford —musitó Benny—. Ha sido usted muy amable. Gracias.

—No olviden de venir a ver a Los Albatros. Sin red, naturalmente.

—Sí... Vendremos, desde luego. Adiós.

Se dirigieron los dos hacia la salida principal de la carpa. Tras

ellos empezaron a oír gritos, «¡hop, hop, hop!»... Volvieron la cabeza, y estuvieron unos segundos contemplando las formidables acrobacias de Thelma Hope y Gedeón Erkzenic, bajo la experta vigilancia de Joseph Giford.

Cuando salieron era ya casi de noche y las luces del carrusel gigantesco se habían encendido, formando un triple círculo de colores que debía verse desde toda Miami. Un círculo alegre, que giraba siempre, siempre, salpicado de risas, de gritos... Ya no se veía a las personas que ocupaban las cabinas, debido al cegador resplandor de las miles de bombillas de todos los colores... En una tarima junto a la entrada a la carpa, un payaso contaba chistes, intercalando sugerencias para que el público fuese aquella noche, sábado, a ver la función extraordinaria.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mary Lou, desalentada.

—¿Qué hemos de hacer? —Gruñó Star—. Dar vueltas por El Carrousel, hasta ver a tu padre... o a la rubia...

CAPÍTULO V

—Nada de ver a la rubia... En cuanto al padre, señor, ya sabemos muy bien dónde encontrarlo... ¿Cómo sigue?

—Parece que salvará la vida —sonrió secamente Gordon—. ¿Qué les pasa a tus zapatos?

—¿A mis zapatos? Nada. A mis pies, sí. Esa chica, Mary Lou, tiene más resistencia que un carro de combate. La he estado llevando de un lado a otro toda la noche, y no ha dicho «esta boca es mía». Mientras tanto, y sin encontrar a la rubia, mis pies se iban haciendo papilla...

Y Benny Star, tras una rápida mirada a su jefe, se quitó los zapatos, aprovechando que la mesa del despacho del director Gordon se interponía entre éste y la visión de unos pies provistos únicamente de calcetines. Con lo cual, claro, el inspector Gordon no tenía por qué saber que uno de sus mejores agentes se quitaba los zapatos en su presencia...

—Ponte los zapatos, Benny —dijo Gordon—. Lo siento pero todavía no ha terminado la... jornada laboral.

—¿Mis... zapatos, señor? —Enrojeció Star.

—Tus zapatos. ¿O prefieres que diga tus herraduras?

—No... No, señor —sonrió torcidamente el

G-man

—. Prefiero que diga zapatos... Perdona, pero mis pies...

—Entiendo lo de tus pies. A mí me pasaba lo mismo hace unos cuantos años. Ahora es peor; ni siquiera puedo soportarlo, como vosotros. En cuanto llevo una hora de pie, se me hincha todo..., empezando por los pies, claro. Y cuando pasa esa hora, tengo que sentarme. Es algo tremendamente desconsolador hacerme viejo... ¿No crees?

—Sí, señor... Bueno, si usted lo dice...

—Lo digo —suspiró el inspector jefe de Miami—. ¿Has oído hablar del Shore Motel?

—No, señor...

—Está cerca de la playa, en North Miami Beach. Tony está allí, porque hace un par de horas nos llamó Cecil Irwin, del Departamento de Homicidios del Police Department. ¿Qué hora es?

—Casi la una, señor —gimió Benny.

—Es una bonita hora de la madrugada, teniendo en cuenta que hay luna casi llena.

—¿Tengo... que ir allá?

—Bueno, Benny... Sabes que nunca exploto demasiado a mis hombres... Pero cuando hay trabajo..., hay trabajo. Puedes escoger el coche que quieras de los que haya libres delante de la Delegación.

—Sí, señor. Con mucho... gusto.

Benny Star se puso en pie y se dirigió hacia la puerta del despacho de su jefe, casi cojeando...

—Benny.

—¿Sí, señor?

—Es mejor que te pongas los zapatos... Está prohibido conducir descalzo, pese a eso de que el pie descalzo tiene más reflejos y estímulos en el pedal del gas, freno, embrague...

Benny Star alzó sus zapatos y sonrió de nuevo.

—Sí, señor... Me pondré los zapatos ahora mismo.

—Muy bien. ¿Y la chica?

—¿Qué chica?

—Tu novia, hombre.

—Ah... Mary Lou. Sí... Supongo que ella está durmiendo como un angelito.

—Es muy bonita, ¿verdad?

—¿Quién?

—¡Mary Lou Gardner!

—Mary Lou Gard... Ah, sí... Es muy bonita, sí, señor...

—El Shore Motel está...

—No se moleste, señor. Pediré su dirección exacta al servicio de Radicación de la Delegación —bostezó—. Espero llegar allá a

tiempo, señor.

—A tiempo, ¿de qué?

—Oh, de lo que sea —sonrió—. Buenas noches.

* * *

Bajó del coche con los zapatos puestos, pero con una cara de sueño y cansancio que daba pena. Casi cinco horas paseando por un circo y atracciones a la vez, llevando por los hombros a una bella muchacha y buscando a una chica rubia..., que no había aparecido, era para agotar a cualquiera. Incluso a un agente del FBI.

Un agente uniformado de la policía se colocó ante él, requiriendo datos sobre su personalidad. Benny Star le mostró su placa, en el estuche de piel, preguntando:

—¿Está el señor Leopard por aquí?

—¿Tony? —sonrió el agente—. Está dentro, fisgoneándolo todo. Ya nos advirtió que vendría un tal Benjamín Star, compañero suyo.

—Tuvo una buena idea —masculló Benny.

Había dos coches de la policía, una ambulancia, más agentes uniformados y algunos curiosos de los alojados en el motel. Y pese al terrible sueño que sentía, Benny Star comprendió que algo serio había ocurrido. Muy serio, cuando el inspector Gordon se decidía a utilizar de lleno al omnipotente y sabelotodo Tony Leopard.

Éste apareció en el porche de la cabaña cuando Star apenas había puesto allí el pie. Estaba despejado completamente, fresco como una piña recién cortada, y sonreía secamente, con su gran boca simpática.

—¡Hola, Benny!

—¿Qué tal, Tony? El jefe me ha dicho que viniera aquí, para ver si podía servirte de algo...

—¿Visteis a la chica rubia en el circo?

—No... Ni rastro... Había chicas con pelos de todos los colores, pero Mary Lou no identificó a ninguna de ellas como la rubia que contrató a su padre. Y no hay error, porque la recuerda muy bien.

—Bueno... Todo se arreglará. Ven, voy a presentarte a un cadáver flamante.

Lo cogió del brazo y lo llevó al interior de la cabaña. Había un bulto a un lado, cubierto con una blanca mortaja profesional... Los dos enfermeros esperaban pacientemente el momento de retirar el

«fiambre».

El propio Leopard alzó la blanca mortaja del coche de la Morgue, y se quedó mirando a su compañero del FBI. Benny Star contempló atentamente durante unos segundos aquel rostro. Al fin encogió los hombros, cansadamente.

—No le conozco, Tony... ¿Un asesinato?

—Sí... Evidentemente.

—Normal y corriente... por desgracia... Hola, Steve, Carl, Will... ¿Qué hacen nuestros compañeros aquí, Tony?

—Están tomando... huellas, medidas, detalles... Ya sabes: todas esas aburridas cosas de los chicos técnicos del FBI.

—Sí... ¿Qué tiene de interesante este cadáver? ¿Por qué tenemos que intervenir en esto? Veo policías, al propio capitán Irwin, a...

—Benny. Este hombre se llama Ira Koziell. Apuesto cien dólares a que adivinas su profesión.

—Mmmm... —Los ojos de Benny Star se espabilaron de pronto—. ¿Fotógrafo, quizá?

Leopard asintió gravemente con la cabeza. Sacó un sobre y, de él, extrajo a medias una tira de microfilme.

—Esta película micro estaba en un doble fondo de la maleta de Ira Koziell... ¿Quieres verla?

—Bueno...

—¿Steve? —llamó Leopard.

El agente del FBI Steve Finmore se acercó, con una pequeña cámara fotográfica... Eso parecía, al menos. Pero cuando Leopard, tras llevar aparte a Star, la puso en funcionamiento, tras introducir en ella el microfilme, las fotografías aparecieron en la pared del lavabo, y cuarto de baño. La proyección duró más de tres minutos, rodeada del silencio de los tres federales. Cuando terminó, Leopard devolvió la máquina a Finmore, y guardó de nuevo el microfilme en el sobre.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—No sé... Bueno, mujeres, niños, hombres de edad madura... ¿Quiénes son, Tony?

—Aún no lo sabemos. Desde luego, enviaremos esta tira a Washington a la mayor brevedad posible, a ver si allá nos aclaran algo... ¿Tú ves mi nariz, Benny?

—Hace falta ser ciego para no verla.

—Exacto. Pues bien, mi nariz me dice que estamos metiéndonos de lleno en algo de espionaje.

—Oh, vamos, Tony...

—Te hago una apuesta. Si mi nariz falla, la cortamos y la tiramos a Biscayne Bay. Si triunfa, tendré derecho a darle un beso a tu novia.

—¡Acepto! —sonrió Star—. Ahora, demuéstreme que esto es espionaje.

—Esta cámara para microfotos. —Leopard la sacó de un bolsillo envuelta en plástico—. Es idéntica a la que encontramos sobre el malherido George Gardner. Entiéndelo bien, Benny; no igual, sino idéntica. La misma marca, las mismas proporciones, el mismo sistema de tomas... Idéntica. Esta cámara de microfotos, y el hecho de que la profesión que rezaba en la documentación del muerto fuese de fotógrafo, fue lo que indujo al capitán Irwin a llamar al FBI. Y nosotros vamos a encargarnos del caso, indiscutiblemente.

—¿Todo por tu... nariz?

—Ven.

Leopard tomó del brazo a Star, llevándoselo hacia el dormitorio. Se cruzaron con otros dos agentes del FBI que Star conocía muy bien, por supuesto. Los dos miraron a Tony, moviendo negativamente la cabeza, y no hacían falta más explicaciones: demasiadas huellas o ninguna. Con lo cual, no se podía trabajar.

Sentado en el borde de la cama, había otro agente del FBI, en verdad muy especial. Se llamaba Tom Ralston, y era el mejor dibujante de la Delegación. Ante él, de pie, había una pareja joven. La chica era muy graciosa, tenía los ojos muy brillantes; el muchacho, quizá de veinticuatro años, no era gran cosa, pero resultaba simpático. Parecía más impresionado que la muchacha.

—¿Está eso, Tom? —preguntó Leopard.

—Parece que sí... No pueden añadir nada más. En realidad, la vieron de pasada, casi escondiéndose de ella —sonrió—. Dicen que iban besándose por el paseo de mimosas y que...

—Entiendo... ¿Podemos verlo?

Ralston tendió el block de dibujo que había tenido sobre las rodillas. Leopard echó un vistazo al dibujo, y lo ocultó en su pecho, mirando a Star.

—Ellos son los esposos Braden, Benny. Recién casados...

Vinieron a Miami a pasar la luna de miel, ya sabes... Se alojaron en el motel. Hacia las nueve de la noche, el conserje del motel...

—Ahórrame detalles: se descubrió el asesinato, estos jovencitos dijeron haber visto a una persona extraña en el motel... Imagino todo esto con mucha facilidad. Ahora, veamos ese dibujo... ¿Es la rubia?

—¡Paf! De lleno en el blanco, Benny. ¿Qué opinas de ella?

Le tendió el block. Benny Star contempló lo que había conseguido Tom Ralston de acuerdo a la descripción de la joven pareja: una mujer rubia, elegante... y saludable, flexible, fuerte. Una cabellera muy rubia. Y medio rostro, en el cual, destacando su parte izquierda, se veían unas largas pestañas, una boca muy pintada, una barbilla voluntariosa... El dibujo había sido hecho a color, gracias a la magia profesional de Tom Ralston..., y a sus lápices de colores.

—¿Y bien? —insistió Leopard—. ¿Qué dices?

—No sé... El trabajo de Tom es bueno..., pero no aclara nada. Su trabajo es bueno, sí... Pero si nos atenemos a este dibujo, tendremos que detener al diez por ciento de la población femenina del país... Eso suma unos... veinte millones de mujeres. Bueno, quizá diez solamente.

—Sí... Claro que sí... Bueno, mira —lo llevó hacia la ventana del dormitorio, quedando apartados de todos—. La cosa está así: esta chica rubia ha estado en contacto con dos fotógrafos profesionales. Uno de ellos salió malherido, casi muerto. Pura suerte. El otro, ni siquiera tuvo esa suerte: murió. Ahora, fíjate bien: dos fotógrafos, unas tiras de microfilme que contienen rostros de mujeres, casi exclusivamente... Personas que no son precisamente famosas en Estados Unidos. Entonces, hay que preguntarse: ¿por qué contrató esa rubia a fotógrafos profesionales para que consiguieran esas fotografías?

—No sé. ¿Insistes en que es espionaje?

—¡Claro que sí! No sé qué nueva especialidad de espionaje, o qué intenciones hay en esto, pero, evidentemente, es espionaje. Te diré todavía otra cosa: el hombre muerto, Ira Koziell, tiene el cuello de la camisa descosido. ¿Motivo? Ahí va: lleva metida en el cuello de la camisa la copia de esos microfilmes... La rubia lo mató, le quitó lo que tenía en el cuello de la camisa, pero no pensó que

Koziell podía haber obtenido una copia que escondió en el doble fondo de la maleta... Ahora, nosotros tenemos que hacer dos cosas. Primera, saber quiénes son las personas que aparecen en las microfotografías. Segunda, encontrar a esa rubia asesina, que igual utiliza una pistola que una navaja.

—¿Busco yo la rubia? —musitó Benny Star.

—Okay. Yo ya me encargaré de solicitar a Washington la identificación de las personas que aparecen en el microfilme. Estoy seguro de que nos dirán algo sobre algunas de ellas.

—Bueno... Yo tengo que buscar a la rubia. Eso es fácil de decir, Tony. ¿Qué sugieres?

—¿Te lo digo?

—Mmmm... No. Ya sé. Me voy a la Delegación, hago fotografiar el dibujo de Tom, orden que se tiren mil copias, las distribuyo por Miami, y es sólo cuestión de tiempo.

—Eso es lo rutinario, Benny. ¿Por qué no nos aseguramos más?

—Demonios... ¡No me lo digas! Llevo a Tom conmigo a despertar a Mary Lou, le pide su versión descriptiva de la rubia, hacemos comparaciones, perfeccionamos el dibujo, y luego obtenemos las fotografías y todo eso.

Leopard golpeó uno contra otro sus enormes puños.

—¡Voila! —exclamó risueño.

—Tú lo ves todo muy fácil —masculló Benny.

—¿Cuál es tu dificultad?

—Te lo diré. Empieza a gustarme esa chica, Mary Lou..., y me pregunto por qué demonios tengo que despertarla a la una y media de la madrugada, después de un día agotador.

Tony Leopard quedó seriamente pensativo. Por fin, murmuró:

—¿Te gusta la chica?

—Bueno... Yo... Sí...

—Entonces, despiértala sin temor. Dile...

—¿Qué?

—Dile que la quieres. Eso calma las iras de cualquier mujer del mundo, muchacho. Ah, luego, pídele que te describa a la rubia, delante de Tom.

—Muy gracioso —gruñó Star—. Muy, pero que muy gracioso... En fin, tendré que despertarla.

CAPÍTULO VI

Fue un ligero ruidito. Ligerísimo, apenas audible, como un suave chasquido metálico. Casi nada, en realidad.

Pero, quizá debido a la tensión de aquel día, el cansancio, a la preocupación que sentía por el comportamiento de su padre, que la citaba y no se presentaba, Mary Lou Gardner no podía dormir todo lo profundamente que hacía falta para descansar plenamente.

El ruidito primero llegó amortiguado, como muy lejanos. Apenas abrió los ojos, y ni siquiera concedió más de cinco segundos a intentar oírlo de nuevo. Volvió a cerrar los ojos, más por cansancio que por auténtico sueño. Debía dormir, desde luego, porque...

El ruido fue ahora algo más fuerte, pero ya no un chasquido metálico, sino algo como arrastrar el pie, un roce en el suelo. Mary Lou se incorporó vivamente en la cama, sobresaltada.

—¿Quién..., quién hay ahí? —Tembló su voz.

Casi al instante, aquella figura humana apareció en la puerta del dormitorio. Y la luz lunar que entraba por la ventana y se extendía en un azulado reflejo por todo el cuarto, pareció destellar, de modo sobresaliente, primordial, en aquella larga cabellera rubia...

Plop.

Mary Lou Gardner lanzó un agudo chillido cuando recibió aquella especie de latigazo en el costado izquierdo. Fue un largo grito tremolante, que pareció hacer vibrar las paredes, los muebles, los cristales. Y al mismo tiempo, por simple instinto de conservación, la muchacha se tiraba de lado, fuera de la cama, arrastrando la ropa, sin dejar de gritar.

Plop.

Más que el disparo oyó el agudo rebote de la bala cuando dio en uno de los metálicos barrotes de la cama. Un sonido como el del

tañido de una pequeña campana... Inmediatamente, el veloz taconeó de la rubia acercándose a la cama.

Estremecida de miedo, sin dejar de gritar, Mary Lou vio los pies de la rubia, calzados con zapatos de alto tacón finísimo... Supo que se iba a inclinar para disparar por debajo de la cama, queriendo matarla a toda costa...

—¡Mary Lou...!

El grito varonil resonó afuera, en la escalera, acompañado de un retemblar de los escalones de madera, de otras voces... Fuera del pequeño apartamento se encendían luces...

Los pies de la rubia quedaron inmóviles un instante. Luego, se desplazaron a toda velocidad hacia la ventana. Se oyó un clarísimo ruido de cristal al ser reventado de un golpe, y pese al terror que sentía, Mary Lou miró hacia allí. Vio las finas, fuertes, elásticas piernas de la rubia. Había entrevisto su rostro sólo un instante, cuando apareció en la puerta del dormitorio, pero sabía que era la misma que había visitado a su padre en su casa de Omaha...

La rubia pasó por el hueco dejado por el roto cristal, moviéndose ágilmente, a una velocidad asombrosa, con una desenvoltura formidable... Mary Lou oyó la exclamación de la rubia, como un gruñido sobresaltado de disgusto...

—¡Mary Lou!

Todo el apartamento tembló bajo la atlética mole de Benjamín Star, que pareció lanzado al interior del dormitorio por una catapulta, pistola en mano.

Tardó menos de un segundo en ver aquella silueta los largos cabellos... Justo cuando la rubia desaparecía por la ventana, justo en el momento en que, con la velocidad del relámpago, el

G-man

disparaba, apuntando por instinto, sin alzar la mano, sin mirar... Un puñado de astillas y los restos del cristal en aquella parte del marco saltaron en un surtidor brillante... Y eso fue todo.

—¡Tom! —aulló Star—. ¡A la calle! ¡A la calle!

Afuera resonaron unas pisadas precipitadas, fuertes, escaleras abajo. El agente especial Tom Ralston dejaba a un lado sus mágicos lápices de colores para recurrir a su automática.

—Mary Lou... ¡Mary Lou...!

Ella no contestó directamente, pero el

G-man

oyó sus sollozos histéricos, sus fuertes hipidos. Se dejó caer de rodillas junto a la cama, se inclinó, y vio a la muchacha, envuelta en sábanas, encogida...

—Ven —susurró dulcemente Benny Star—. Ya no tengas miedo, pequeña. Soy Benny... Benny, tu novio...

Asió una mano de la muchacha y tiró de ella, suavemente, casi arrastrándola. Tuvo que hacerlo, finalmente, para sacarla de allí. La puso en pie y ella se abrazó fuertemente a él, llorando con una desesperación que estremeció al agente del FBI.

Había entrado gente en el apartamento y la luz del dormitorio se encendió de pronto. Había un hombre en pijama, de edad mediana, pálido el rostro, muy impresionado. Detrás se veía a otro, y algunas mujeres...

Pero Benjamín Star no les prestó demasiada atención. Su mano izquierda, en el abrazo, se impregnó de un líquido caliente, viscoso, pegajoso... Súbitamente pálido, Star apartó a la muchacha, y sus ojos parecieron clavarse en el costado completamente manchado de sangre en el lado izquierdo. El nailon se pegaba a la carne abierta por el roce de la bala.

—Benny, ha..., ha querido..., ha querido...

—Bueno, bueno, pequeñita... Bien... No lo ha conseguido, ¿no es así? Es sólo una herida sin importancia. No es nada...

—E... era..., era... la..., la...

—La rubia, ya sé. Cálmate. Iré ahora mismo por ella...

—¡Benny, no me dejes, no me dejes...!

El

G-man

pareció que se iba a dejar convencer, pero de nuevo miró la herida, y su rostro se endureció. Hizo una seña a las mujeres que habían entrado, todas asustadas, en bata, pijama, camisón...

—Volveré en seguida. No puedo dejar escapar a esa asesina, Mary Lou...

Dejó a la muchacha en manos de las vecinas del edificio y se acercó a la ventana, asomándose con precauciones. Vio a Tom Ralston abajo, pistola en mano.

—¡Tom! —llamó.

—¡No ha bajado, Benny! ¡Debe estar por los tejados...!

—¡No te muevas de ahí, de la calle...!

Pasó un pie por el alféizar, cuidando de no clavarse las puntas de los cristales rotos. Y entonces, al mismo tiempo que veía las gotas de sangre en la madera y en una aguda punta de cristal, uno de los hombres se colocó junto a él.

—¿Llamo... llamo a la policía?

—No. Ustedes no se muevan de aquí, de este cuarto.

Salió del todo, por la ventana. Dos pisos más abajo, en la calle, Tom Ralston lo miraba fijamente, siempre pistola en mano. Benny Star vio la cañería que, cinco pies más arriba, llegaba al borde del tejado, cuyo alero era fino, con una desagradable apariencia de fragilidad que hizo vacilar al

G-man.

Pero si la rubia había subido por allí, un agente del FBI también podría subir.

Metió la pistola en la funda, pareció clavar las manos en la cañería, y dio un tirón hacia arriba. Luego soltó una mano, que lanzó velozmente hacia el alero, clavándola allí con toda la fuerza. Unió la otra y quedó colgando en el vacío... Abajo, Tom Ralston se colocó justo donde podía caer de un momento a otro el cuerpo de su compañero, pero listo para detener la caída, frenándola como pudiera...

Pero Benny colocó el estómago sobre el tejado de un solo tirón de sus fuertes brazos. Luego pasó la pierna derecha, y el resto fue mucho más fácil. Quedó acucillado en el borde del tejado, sacó la pistola. Todo el inclinado tejado tenía un extraño color azul, o quizá gris... No había ni rastro de la rubia.

Star se quitó los zapatos, que dejó caer a la calle, de modo que pudiese deslizarse por el tejado con más seguridad y silencio, y no poco más rápido. Justo cuando estaba pasando el vértice del ángulo invertido de ambos aleros, vio de nuevo a la rubia, ahora mucho mejor: estaba ya en el otro tejado, en el borde, y parecía vacilar entre saltar o no saltar al siguiente.

Y al mismo tiempo, la rubia vio a Benny Star. Ella no vaciló ni un segundo, alzó la mano y disparó. El

G-man

se dejó caer justo a tiempo para notar encima suyo el restallido de la bala al rasgar el aire, creando un crujido como de aire caliente

sobre la cabeza de Star, que ni siquiera vio el fogonazo del silencioso disparo.

Rodó hacia la izquierda, apareció rápidamente, lista la pistola para disparar... y justo entonces la rubia saltaba al vacío, en un salto perfecto, impecable.

—¡¡Toooooommm!! ¡Está bajando!

¿Bajando? ¿O se había tirado de cabeza a la calle?

Benny corrió por el tejado, dispuesto a saltar al otro. Pero cuando llegó al borde, frenó tan en seco que estuvo a punto de caer al patio interior. Se mordió los labios, impresionado. La distancia entre uno y otro era tal, que sólo de pensar en dar aquel salto ya era un riesgo increíble.

Pero si la rubia había salvado aquella distancia, un agente del FBI tenía que salvarla también. Guardó la pistola de nuevo, calculando... Flexionó las piernas, las distendió de pronto, dando toda la potencia a sus músculos..., y tuvo que asirse frenéticamente a la ancha barandilla de piedra, que crujió secamente.

—¡No la veo, Benny...!

De nuevo con un tirón el

G-man

quedó en el tejado contiguo, todavía espantado, sobresaltado por el riesgo que había corrido.

—¡Busca! —gritó.

Otra vez a correr por los tejados. Llegó al borde desde el cual había saltado la rubia al vacío, y lanzó una exclamación al ver, ni más ni menos, veinte pies más adelante y hacia abajo, el tenso cable que sostenía un luminoso que daba a la fachada de la manzana. El gran cartel luminoso todavía se balanceaba... Instintivamente, Benny miró hacia el suelo, esperando ver allá el cuerpo de la rubia, con las piernas rotas, por lo menos.

Pero la rubia no había caído al suelo. Y de no haber quedado momentáneamente cegado por el resplandor del luminoso, el

G-man

la habría visto un par de segundos antes, deslizándose a toda prisa por el cable, en pie sobre él, con una habilidad funambulesca que puso de punta los pelos de Star.

Casi aturdido, requirió de nuevo la pistola.

—¡Quédese ahí o...!

La rubia también lo había visto. Se dejó caer hacia atrás y Star lanzó un grito de advertencia, de susto... Todo sucedió de nuevo al revés de lo que él esperaba. La rubia tampoco en esta ocasión se rompió las piernas o la cabeza. Cayó sobre el cable sentada, se deslizó hacia atrás, se sujetó un instante allí con las piernas, por debajo de las rodillas, y luego, girando hacia atrás, se lanzó otra vez al vacío, para caer impecablemente sobre otro tejado, de una casa de un solo piso.

Benjamín Star quedó tan paralizado de asombro, tan estupefacto, que cuando quiso disparar, la rubia había saltado de nuevo al vacío, hacia la fachada de la manzana, esto es, hacia la calle.

—Por Dios...

Star estuvo un segundo mirando aquel cable como hipnotizado, a veinte pies de distancia... Era un suicidio lanzarse hacia él, pretender quedar colgado, recorrer el alambre, dejarse caer en el otro tejado, saltar a la calle...

Humillado y furioso, Star regresó por los tejados hacia el del edificio donde Mary Lou tenía el apartamento, pero no se detuvo en éste, sino que bajó directamente a la calle, echando a correr hacia la parte donde la rubia había saltado, por fin, a la calle.

—¡Tom!

Tom Ralston estaba por allí, se volvió hacia él, desconcertado.

—¿Qué ha pasado? —exclamó.

—¿No la has visto?

—No...

Furioso consigo mismo, Star se acercó a su compañero y se quedó mirando la fachada de aquella casa de un solo piso. Había un mástil para bandera, inclinado; desde allí hasta el suelo, la distancia no era superior a los quince pies.

—Se ha marchado —musitó hoscamente.

—No es posible. Debe estar aún...

—Se ha marchado, Tom. Tendrías..., tendrías que haberla visto como la he visto yo... Ha sido... escalofriante.

—Quizá aún esté por aquí.

Star se encogió de hombros.

—Busca si quieres. Yo voy con Mary Lou... Llamaré desde allí al jefe, para decirle lo ocurrido y a ver qué dispone.

Tom Ralston también parecía disgustado consigo mismo.

—Creo que la buscaré unos minutos.

—Pierdes el tiempo. Te espero arriba.

CAPÍTULO VII

Benny Star dejó de examinar las pequeñas manchas de sangre de la ventana cuando oyó las conocidas pisadas de su compañero. Se volvió y vio a Ralston, hosco el gesto, tendiéndole dos pares de zapatos, uno de ellos femeninos.

—Parece que los dos tenéis las mismas costumbres... ¿Cómo puedes ir sin zapatos?

—Los olvidé antes. Y ya pensé que me los subirías. ¿Ésos son los de la rubia?

—Supongo. ¿Qué dice el inspector Gordon?

—Tony viene hacia aquí, con algunos compañeros, a ver si sacan algo en claro: huellas, o cosas así. Analizarán la sangre de la ventana.

—Bien.

Tom Ralston dirigió una rápida mirada a Mary Lou, que estaba sentada en el borde de la cama, todavía rodeada de vecinos. Uno de los hombres había vendado improvisadamente la herida, asegurando que no tenía absolutamente el menor peligro. Mary Lou estaba todavía pálida, pero completamente calmada, y se dedicaba casi de modo exclusivo a mirar a Benjamín Star...

El cual estaba examinando los zapatos de la rubia. Azul oscuro, de largo y fino tacón, elegantes, de buen precio...

—¿Hacemos el dibujo la señorita Gardner y yo, Benny?

—No... Mejor mañana. Todavía está muy impresionada. Son unos bonitos zapatos, ¿verdad?

Ralston se encogió de hombros.

—Los tuyos tampoco están mal. ¿Por qué no te los pones?

Star asintió con la cabeza y se puso sus zapatos, sin dejar de mirar los de la rubia. Naturalmente, para correr por los tejados, a

ella aún tenían que haberle estorbado más que a él, de modo que no carecía en absoluto de lógica que se hubiera desprendido de ellos.

—Sólo conozco a una mujer en toda Miami que sea capaz de hacer lo que yo he visto —musitó de pronto Star—. Y me pregunto si no sería una buena idea hacerle una visita. Está herida, aunque, obviamente, de modo insignificante. Pero, además, tenemos los zapatos... ¿Qué opinas del cuento de «La Cenicienta», Tom?

—Es bonito, pero sentimentaloides. Oye, no estarás pensando...

—Me llevo el coche, Tom...

—Está bien...

Benny se acercó a Mary Lou y se sentó a su lado, en la cama. Le pasó un brazo por los hombros, sonriendo cariñosamente.

—Ya nada ocurrirá ahora, Mary Lou. Tom quedará contigo, y pronto vendrán más compañeros. Yo tengo algo que hacer.

Ella se quedó mirándolo fijamente, como a punto de llorar.

—Sí, Benny...

—Bien, el FBI va a cuidar ahora de ti, de modo que ya no tienes que temer nada.

—Si..., si tú no hubieses venido, ahora..., ahora yo estaría..., estaría...

—No pienses en eso. Ni me lo agradezcas demasiado: vine por cuestiones de trabajo.

Mary Lou se mordió los labios.

—Entiendo... —musitó.

—Pero no siempre estoy de servicio —sonrió el

G-man

—. De cuando en cuando, tengo tiempo para mis asuntos... personales. ¿No te gustaría dar unas vueltas en el carrusel?

—¿Contigo?

—Sí... Claro.

—Entonces, sí.

Benny Star carraspeó.

—Bien...

De pronto, pasó un dedo bajo la barbilla de la muchacha, alzándola, de modo que pudo besar cómodamente los temblorosos labios, de un modo breve, pero significativo. Se puso en pie en el acto, dejando a Mary Lou como petrificada en la postura que tenía al recibir el beso, y se dirigió hacia la puerta, haciendo una seña a

Ralston, que asintió, sonriente.

—Los del circo estarán todos durmiendo —comentó.

—Es posible. Pero, como ellos dicen, pase lo que pase, la función debe continuar. Hasta luego.

* * *

No tardó ni siquiera dos minutos en localizar el remolque. En uno de los dos lados se veían pintados tres albatros. Y debajo, el nombre de uno de ellos: *miss Hope*.

Efectivamente, salvo algunas luces señalando posiciones claves del circo, todo estaba oscuro, silencioso. El bonito carrusel de vivos colores estaba parado, descansando de risas y gritos... Las barracas de juego de diversión estaban cerradas... Casi a las tres de la mañana, es poco probable que funcione un circo.

Pero pese a la hora, Benny Star no vaciló en llamar a la puerta del remolque-vivienda de *miss Hope*. Tuvo que repetir la llamada unos segundos después, y entonces la luz se encendió casi inmediatamente, deslizando unas rayas hacia el exterior.

Poco después, la puerta se abrió, sin que Thelma Hope se hubiera molestado en preguntar quién era. Estaba aceptablemente despeinada, desmaquillada por completo y evidentemente somnolienta; pero seguía siendo una preciosa muchacha, con su pijama hasta la rodilla y el corto corpiño, que dejaba al descubierto el vientre.

Se sorprendió con tal verismo, sin excesiva exageración, con tal naturalidad, que Benny Star estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse de allí.

—¿Usted? —musitó la trapecista.

—Pertenezco al FBI, señorita Hope. ¿Puede recibirme unos minutos?

—Pero... Al FBI... No comprendo... ¿Qué quiere a estas horas?

—¿Conoce estos zapatos? —Los alzó el G-man.

—¿Éstos...? —La muchacha estaba desconcertada—. ¿Ha venido a estas horas de la madrugada a preguntarme si conozco unos zapatos?

—¿Puedo pasar, señorita Hope?

—Bueno... Realmente... Está bien, pase...

Star subió los tres escalones y entró en el remolque. Estaba muy bonito por dentro, bien acondicionado, con una serie de detalles tan femeninos que no cabía duda respecto al sexo del ocupante.

—¿Estaba usted durmiendo? —preguntó Star.

—No —replicó un tanto mordazmente ella—. De noche me dedico a bailar y cantar sobre la litera. Es divertidísimo.

—Tendré que probarlo —sonrió secamente Star—. ¿Tiene la bondad de probarse estos zapatos?

—¿Y luego me dejará dormir?

—Sin duda.

Thelma Hope se sentó en un bonito taburete azul y se puso los zapatos rápidamente. Con la lógica rapidez de quien se pone unos zapatos que le están indiscutiblemente grandes.

—¿Tengo que hacer algo más con ellos, señor...?

—Star. No... No tiene que hacer nada más, señorita Hope. Pero aún tengo que pedirle otro favor...

—Mire, señor Star...

—Si lo prefiere, la vendré a buscar hacia las diez, para llevarla a la Delegación, donde le será solicitado ese mismo favor...

—¿Qué favor? —suspiró Thelma, desalentada.

—Póngase en bikini.

Se puso en pie delante del

G-man,

mirándolo a los ojos sonriente.

—¿Qué dirá su novia, señor Star? —musitó.

—Tendremos que ser discretos con ella —sonrió fríamente Benny—. Pero temo que se está equivocando usted, señorita Hope. O quizá yo no me he expresado bien...

Thelma Hope rodeó con sus bonitos brazos el cuello de del G-man,

siempre sonriendo, y sus deditos acariciaron los rizos de la nuca de él.

—Esto es realmente magnífico —rió ella—. Si he de serle sincera, me estoy divirtiendo horrores.

—Lo celebro. ¿Vamos?

Cruzaron la cortina de colores que separaba el diminuto *living*-cocina-comedor, y se encontraron en el dormitorio. Thelma recogió las dos prendas de la percha de pie, se volvió de espaldas al

G-man

y cambió el pijama por aquellas dos prendas. Entonces, se volvió.

—¿Satisfecho?

—Vamos a la luz para...

De súbito se oyeron unos golpes en la puerta del remolque, y la voz inconfundible de Joseph Giford:

—¡Thelma! ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—Me cuida mucho —dijo ella—. ¿Le abrimos? ¿O tres son demasiados para esta fiesta? Salió del dormitorio a una seña de Star. Afuera, éste tardó muy poco en convencerse de que no había una sola señal de herida o de corte en el cuerpo de la trapecionista. Si a esto añadimos que los zapatos le venían grandes...

Afuera, Giford continuaba llamando; había alzado la voz, y su insistencia mostraba visos de preocupación. Benny fue a la puerta, la abrió y movió la mano hacia adentro.

—Entre, señor Giford.

Joseph Giford subió al remolque, mostrando también una sorpresa total, un desconcierto absoluto. Vio a Thelma Hope en aquella especie de bikini íntimo, y sus ojos se volvieron duramente hacia Star.

—¿Qué significa esto? —murmuró.

—El señor Star es del FBI, Joseph —sonrió Thelma—. Y parece que tiene unos... extraños caprichos... Pero no personales. Entiendo que está llevando a cabo alguna importante misión.

Star miró de reojo a la muchacha, un poco irritado.

—¿Del FBI? —Se pasmó Giford—. ¿Y qué quiere usted, Star?

—Voy a pedirle también a usted un favor, señor Giford: a las diez de la mañana, tenga la bondad de reunir a todas las mujeres que hay en el circo. Pero solamente a las que tengan las... proporciones aproximadas de la señorita Hope. ¿Cuántas serán?

—Mmm... Parecidas a Thelma... Quizá una docena, pero no tan jóvenes ni bonitas todas. Thelma...

—No busco belleza, señor Giford. Sólo proporciones parecidas a las de Thelma Hope. ¿Lo entiende usted?

—No soy idiota —masculló Giford—. ¿Puedo ver su credencial, Star?

El

G-man

le mostró su placa y su tarjeta, todo perfectamente estuchado en plástico transparente.

—¿Convencido, señor Giford?

—Sí... Pero ¿qué es lo que pasa?

—Las chicas tendrán que estar en bikini... —comentó festivamente Thelma Hope—. Y él las examinará y luego les probará unos zapatos... ¿No es así, señor Star?

—Exacto. Buenas noches... y perdonen la molestia...

—Pero creo que merecemos una expli...

Benny no hizo el menor caso a esta petición que Giford no pudo acabar, ya que el

G-man

abandonó el remolque. Y afuera, Giford vio a Gedeón Erkzenic, pistola en mano, lo cual le enmudeció más que la indiferencia del federal.

Éste se quedó mirando al ágil del grupo, despeinado, torva la expresión, ataviado únicamente con pantalones de pijama. Luego miró fríamente la pistola que el muchacho llevaba.

—¿Qué pasa aquí, Joseph? —preguntó Erkzenic.

—¿Tiene usted permiso de armas, Erkzenic? —Grató Star.

—¡Key, ha aprendido a pronunciar mi nombre...! Oiga, si se mueve, lo dejo seco, ¿eh? Benny le quitó al trapecista la pistola de un brusco manotazo, como si tal cosa.

—¿Tiene permiso de armas? —insistió.

—Es del FBI —informó Giford.

—¡Ah...! Esto... Oh, sí... Tengo permiso de armas. Somos varios en el circo los que...

—De momento, señor Erkzenic, voy a quedarme con su pistola. A las diez de la mañana, previa presentación de su permiso, se la devolveré. Y, señor Giford —se volvió—, quiero ver todos los permisos y las correspondientes armas. ¿Está claro?

—Está claro —gruñó Giford.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? —Pareció enfadarse Erkzenic.

Star, bajó la cabeza, huraño, pero mirando a su alrededor. Poco a poco, habían quedado rodeados del resto del personal del Carrousel, que asistían en silencio a la escena.

—Quiero los nombres de todos, especificando qué clase de

trabajo realizan en el circo. ¿Hay más trapevistas aquí, señor Giford?

—No... Sólo nosotros tres, Los Albatros... ¿Por qué?

—¿Nadie en el circo es capaz de imitarlos, de sustituir en un momento dado a cualquiera de ustedes?

—¡Claro que no! —exclamó Erkzenic—. Oiga, ¿qué se ha creído usted que es un trapevista? Hay que nacer para esto, porque...

—En otra ocasión escucharé con gusto sus palabras, señor Erkzenic. Pueden volver a sus lechos... Buenas noches... y hasta las diez.

—¿No quiere los zapatos? —sonrió Thelma.

Los tendía burlona. Star los cogió, un tanto bruscamente, y se alejó hacia donde había dejado el coche. Tenía la deprimente sensación de que estaba perdiendo el tiempo y de que igualmente lo perdería a las diez de la mañana.

Pero nadie le convencería jamás que aquella rubia no era una profesional del trapecio, de la cuerda floja o algo parecido... Sólo de pensar en lo que le había visto hacer, Benny Star se estremeció. Y se sorprendió a sí mismo admirando aquella prodigiosa acróbata rubia que le había dejado con un palmo de narices.

CAPÍTULO VIII

Lo primero que vio al entrar en el despacho del inspector Gordon fue la simpática y viril narizota de Tony Leopard.

—¿Encontraste a La Cenicienta, Benny?

—No. Pero volveremos mañana, a las diez... ¿Y Mary Lou?

—En lugar seguro, aquí, en la Delegación. Pensé decirle lo de su padre, pero Tony opinó que la chica estaba demasiado impresionada para irle con la explicación de que su padre estaba malherido.

—De acuerdo con Tony.

—Y yo también —gruñó Gordon—. ¿Qué ha pasado en el circo?

Star lo explicó. Cuando terminó el relato, Leopard movió pensativamente la cabeza.

—Examiné aquellos tejados, Benny. Yo diría que más que ser acróbata, o algo de eso, hace falta tener alas para salir de allí.

—Pues lo vi con estos ojos, Tony. Aunque quizá deba preguntarme si padezco de alucinaciones.

—¿Y en El Carrousel solamente hay tres acróbatas?

—Y una sola mujer, que ni es rubia, ni tenía herida alguna, ni le iban bien los zapatos. Y no creo que la rubia fuese con unos zapatos de más de media pulgada grandes.

—No... Sería incómodo y peligroso, ciertamente. ¿Cómo piensas enfocar mañana el asunto, en el circo?

—Antes de salir para allá, Mary Lou y Tom harán otra fotografía de la rubia. Me llevaré a Mary Lou al circo, para que vaya examinando a todas las chicas que haya allí. Puede que alguna de ellas sea tan buena trapecista como Thelma Hope, o más, y no quería demostrarlo.

—¿Por qué motivo?

—Bueno... Si todo esto te huele a espionaje..., ¿por qué haces preguntas tontas?

—Es verdad —sonrió Leopard—. Que te diviertas probando zapatos. Yo me voy a dormir.

—Es lo mejor que podemos hacer todos, mientras esperamos noticias de Washington —admitió Gordon.

—Una cosa deberás tener muy en cuenta, Benny —musitó Leopard—. Tu... novia, al parecer, conoce demasiado bien a la rubia, y de ahí que ésta haya querido matarla. Tendrás que ir con mucho cuidado.

—Ya lo sé. No iré solo allá, Tony.

—Eso está bien. —Tony Leopard sonrió astutamente—. A fin de cuentas, la rubia tiene que estar en el circo.

—¿Por qué lo dices con esa seguridad?

—Bueno —bostezó el

G-man

de los ojos color pimienta—. Es evidente que Mary Lou ha tenido que ver, en un momento dado, sin disfraz, a la rubia. La chispa del reconocimiento puede brotar en cualquier momento... Y la rubia sabe eso. Y teniendo en cuenta que Mary Lou sólo se ha dedicado a fisgonear contigo por el carrousel, yo diría que la rubia está allí. ¿Nos vamos a dormir, demonios?

* * *

Todas las pruebas arrojaron un resultado desalentador para Benjamín Star. Conoció a todo el personal del circo, le fueron presentadas las licencias para uso de armas, probó los zapatos a todas las mujeres, se hartó de ver chicas en bikini, sin encontrar herida alguna, y Mary Lou Gardner se cansó también de ir moviendo negativamente la cabeza.

A las once de la mañana, el

G-man

lo habría enviado todo al diablo, agravado su fracaso por las irónicas y al mismo tiempo simpáticas miradas que le dirigía Thelma Hope.

—¿Y ahora? —preguntó hoscamente Joseph Giford.

—Ahora, ¿qué? —replicó, desabridamente, Star.

—¿Qué hacemos? —Se mostró no menos desabrido Giford—.

¿Podemos dedicarnos a nuestro trabajo, o seguimos haciendo tonterías?

Benjamín se armó de paciencia.

—Señor Giford, todo esto ha sido tan desagradable para mí como para usted o cualquiera. Le ruego que considere que he estado haciendo mi trabajo.

Joseph Giford se mordió los labios, vaciló, y al fin sonrió de aquel modo espontáneo, tan viril y simpático.

—Perdóneme, Star. Creo que estoy un poco irritado. ¿Podemos dedicarnos a nuestras cosas?

—Con toda libertad. Aquí no ha pasado nada.

—Gracias. Y... todavía insisto en que debería ver actuar a Los Albatros... Tiene entrada gratis, desde luego.

—Quizá venga esta noche.

—Esta noche, no. Los domingos por la noche no damos función de circo.

—¿Por qué?

—No viene casi nadie. Los sábados, sí. Verá, yo creo que a los que les gusta el circo, igual pueden venir el sábado que el domingo, ¿no le parece?

—Sí... Naturalmente. Pero no comprendo...

—¿Por qué hacer función todos los días? Hacemos los martes y jueves por la tarde, y los viernes y sábados, tarde y noche. En esas seis funciones semanales, podemos absorber todo el público. ¿Por qué dos funciones diarias, que con el mismo público total nos ocasiona más gastos?

—Pues... Vaya, señor Giford, yo diría que cada cual conoce su negocio.

—O eso, o fracasar.

—Sí... Bien, no creo poder venir esta tarde, pero tendré en cuenta su invitación si permanecen más tiempo en Miami.

—Oh, sí... Una semana o dos más, por lo menos. Está invitado, Star.

—Muy amable... Ya nos veremos. Vamos, Mary Lou.

Le pasó un brazo por los hombros, llevándola hacia el coche. En las atracciones había niños y algunas personas mayores. El carrusel giraba, lentamente, casi vacío. Hasta pasadas las cinco de la tarde no palparía allí la alegría habitual, los gritos, las risas...

Entraron en el coche, y dos

G-men

se colocaron en el asiento delantero. Más allá, en otro coche, entraron tres agentes más, que miraron a Star, desalentados. Benny encogió los hombros y movió una mano, indicando que se ponían en marcha. Ni con pruebas de zapatos, ni con el buen trabajo de Tom Ralston, ni con la presencia vigilante de Mary Lou habían conseguido nada.

A fin de cuentas..., ¿por qué tenía que llevar siempre la razón Tony Leopard? Quizá la rubia no estuviese en el circo.

El coche se puso en marcha, y Benny miró sonriente a Mary Lou.

—¿Te duele?

—No... Me curaron bien: era sólo un arañazo... Benny... Benny, tengo miedo...

—Estás bien protegida, Mary Lou.

—No. No es por mí. Es por mi padre... Estoy segura de que esa... esa mujer lo ha matado... ¡Estoy segura! Por eso él no ha aparecido por el circo, ni he conseguido verle...

—Debe haberse retrasado en su viaje.

—No... Yo sé que no. Papá llegó aquí el día veintidós, tal como me decía en la carta. Hoy es veinticinco... ¡Lo ha matado! ¡Esa horrible mujer lo ha matado!

Benjamín Star se mordió los labios, antes de musitar:

—Will, vamos a la Tamiami Clinic.

—Okay, Benny.

* * *

—Has... has estado ocultándomelo, has estado mintiéndome... ¡Me has estado engañando, Benjamín Star!

—Emmm... Bueno, Mary Lou... Te aseguro que en todo momento hemos actuado pensando solo en tu beneficio. Hasta esta mañana a las ocho no se recibió el parte médico en la Delegación, diciendo que tu padre estaba fuera de peligro... Comprendo que...

—¡Has sido capaz de mentirme!

—Ejem... Bueno, a veces... Quizá te disgustes conmigo, pero...

No supo más que decir. Mary Lou miró a su padre, tan pálido el rostro como las sábanas del lecho que ocupaban en la Tamiami Clinic, pero absolutamente fuera de peligro, según acababa de

afirmar el doctor Osborn.

De pronto la muchacha echó los brazos al cuello del federal, sonriendo dulcemente.

—¡Qué tonto eres! —musitó.

—¿Nos vamos? —preguntó Will, apoyado de espaldas en la puerta.

—No... —rió nerviosamente Mary Lou—. ¡Claro que no! Al fin y al cabo, fueron ustedes, el FBI, quienes me asignaron el novio... Ahora tienen que aceptar las consecuencias...

Benjamín Star iba a carraspear, pero cambió bruscamente de opinión cuando Mary Lou le besó en los labios, fuertemente. El G-man

abrió un ojo mientras la besaba, y vio a sus dos compañeros sonriendo irónicamente. Movié una mano detrás de Mary Lou y Will y Carl, sin dejar de sonreír, salieron silenciosamente.

El beso se habría prolongado quién sabe hasta cuándo, de no haberse oído un extraño zumbido entre los pechos de ambos. Mary Lou se separó sobresaltada, y Benny sonrió tontamente.

—Je... Es la... la radio de bolsillo... Debí dejármela en casa...

—¿Te están llamando? —musitó ella.

—Sí... —Sacó la radio y admitió la comunicación—. Star. ¿Qué ocurre?

Mary Lou oyó tan claramente como Benny la voz de Tony Leopard:

—Benny, ¿dónde estás?

—En la Tamiami Clinic, con Mary Lou.

—Ah... Bien, puedes dejar ahí a la chica y venir a toda prisa. Te espero en la playa privada de Atlantis Hotel, dos mil seiscientos cincuenta y cinco, Collins Avenue, Miami Beach. Mmmm... Estaré en el embarcadero.

—Bien. ¿Qué ocurre, Tony?

—Ven.

Y Tony Leopard cortó la comunicación. Star se guardó la radio, y fue a la puerta a toda prisa. Se volvió como quien olvida algo, regresó junto a Mary Lou y la besó en los labios.

—No te muevas de aquí.

—¿Así te vas?

Star tuvo que volver otra vez sobre sus pasos. Volvió a besar a

Mary Lou y sonrió simpáticamente.

—Tienes que ir acostumbrándote a estas escapadas mías en cualquier momento. ¿Sí?

Mary Lou fue quien tomó esta vez la iniciativa del beso; luego, separándose, llevó un dedito a los labios y señaló la puerta. Star salió, casi tropezando con Carl y Will. Señaló la puerta con el pulgar.

—Ella se queda. Y vosotros también. ¿Entendido?

—Me gustaría ver a la rubia... —sonrió duramente Carl—. ¿A ti no, Will?

—Me encantan las rubias —sonrió, no menos duramente, Will.

CAPÍTULO IX

En la playa privada del Atlantis Hotel, en Miami Beach, Benjamín Star pareció un momento desconcertado. Pero pronto vio a Tony Leopard, efectivamente en el embarcadero, haciéndole señas con un brazo en alto.

Hundiendo los pies en la dorada arena, pasando por entre un montón de chicas que tenían la estupenda ocupación de tomar el sol, el

G-man,

llegó hasta el embarcadero de gruesos tablones pintados de blanco.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tengo una lancha esperando. Quiero que intervengas en esto, porque, a mi juicio, todo es el mismo asunto.

—¿El de la rubia?

Leopard asintió con la cabeza y señaló una lancha amarrada al embarcadero. Saltaran los dos a ella, y Leopard la puso en marcha, recto hacia alta mar. Star lo miraba en silencio, porque sabía que su compañero entraría pronto en explicaciones.

Y así fue.

—Las tiras de microfilmes que transmitimos a Washington...
¿Las recuerdas, Benny?

—Claro.

—Bueno... Había mujeres de diversas edades, niños, muchachos jóvenes, algunos hombres algo mayores... Algunos de ellos parece que han sido identificados en Washington, más que por ellos mismos, o sea, por sus rostros, por las direcciones que figuraban al pie de cada una de las microfotos. Todas esas personas son familiares de soldados u oficiales que están combatiendo en Vietnam.

—¿Es espionaje, en suma?

—Yo diría que sí, aunque de momento no acertamos a comprender cuál es el nuevo estilo de este espionaje. En Washington están estudiando algunas posibilidades, dos de ellas basadas en métodos que ya se utilizaron en la Segunda Guerra Mundial: radios clandestinas que informaban a los combatientes aliados sobre ciertos... detalles íntimos no poco desmoralizadores. Mientras ellos luchaban y morían, sus esposas se dedicaban a., mmm... aferrarse a las muchas posibilidades que la vida ofrece.

—Entiendo —musitó Star.

La lancha se deslizaba velozmente sobre las aguas, dejando una blanca estela de espuma, de agua verdiazul pulverizada. En el cielo, unas cuantas gaviotas. En el mar, numerosas embarcaciones deportivas y de recreo.

—De Washington nos informaron respecto a la personalidad de las gentes contenidas en las tiras de microfilme, pero, además, nos dijeron que, requerida información al Departamento de Guerra, éste mencionó la presencia, precisamente en Miami, de uno de sus mejores oficiales, el mayor Lamont Addison, adscrito al Alto Mando del Departamento de la Guerra... El mayor Addison se hallaba en Miami de vacaciones, en el Atlantis Hotel. De modo, pues, que vinimos a entrevistarnos con él, esperando una colaboración... de tipo personal, amable. Digamos... fuera de horas de trabajo. El mayor Addison, al parecer, es uno de los hombres que mejor conocen las listas de personal militar combatiente en Vietnam.

—Bien... ¿Qué dice el mayor Addison?

—Emmm... Vinimos al hotel, y preguntamos por él. El mayor Addison, nos dijeron, había salido esta mañana, hacia las once, en la lancha Atlantis IV, propiedad del hotel, a pescar. Así que requerimos los servicios de los guardacostas, para que localizaran la Atlantis IV y avisaran al mayor Addison de que agentes del FBI le rogaban una inmediata entrevista.

—¿No lo han encontrado?

—Sí... Lo han encontrado. Precisamente, estamos llegando al lugar donde una de las lanchas guardacostas encontró la lancha Atlantis IV, propiedad del hotel, para uso y disfrute de sus clientes... ¿La ves ya?

Benjamín asintió con la cabeza. A menos de un cuarto de milla,

sobre el mar, se veía la inconfundible silueta de una de las grandes y velocísimas lanchas del servicio de guardacostas. Junto a esa gran lancha, a menos que su vista lo engañase, se veía otra, más pequeña, flotando mansamente.

Star frunció el ceño pocos segundos después. Miró a Leopard, y estuvo seguro de que el mejor hombre del FBI en la zona de Miami ya no iba a decir nada más, así que desistió de seguir conversando.

Apenas un minuto más tarde, la lancha que gobernaba expertamente Tony Leopard se detenía junto a la que remolcaba la del servicio de guardacostas.

Star fue el primero en saltar a la pequeña lancha, donde había ya dos de sus compañeros de la Delegación, con los cuales cambió el simplísimo saludo de una mirada.

Su atención estaba centrada absolutamente en el hombre que yacía en la angosta cubierta de la lancha, cara al cielo, con los ojos muy abiertos... Pero, evidentemente, aquel hombre ya no podía ver el cielo. Jamás volvería a verlo, al menos desde abajo, por muy abiertos que estuviesen sus ojos.

Tenía dos espantosas heridas en el vientre. Heridas de arma blanca, sin lugar a dudas. Una hoja de acero había perforado brutalmente el estómago, en dos puntos diferentes. La muerte quizá había sido un tanto lenta y terriblemente dolorosa, angustiada, horrible... En la lancha se veían dos cañas de pescar, cebos, anzuelos, carnada...

Star alzó la cabeza, para mirar a Leopard, que le había seguido hasta la pequeña Atlantis IV.

—¿Lamont Addison? —musitó.

—Desde luego.

—Bien... ¿Cuál es la teoría, Tony?

—Lamont Addison salió en esta lancha hacia las once de la mañana, del embarcadero del hotel. Yo supongo que alguien vino a su encuentro... Alguien en quien tenía confianza, juraría. Eso explicaría que realizó el contacto sin temor alguno, de modo que la otra persona pudo saltar tranquilamente a esta lancha y acuchillarle.

—¿La rubia acróbata?

—Ira Koziell, el fotógrafo, murió de forma parecida. Esa mujer es... estremecedora, Benny. Y de una rapidez fulminante. Apenas tú

te alejaste del carrusel, ella se vino a la playa, consiguió una lancha, buscó a Addison...

—¿Insistes en que esa rubia está en el circo?

—Me juego la vida, Benny. Pero es... una centella, un prodigio de rapidez, de seguridad, de tenacidad. Se encontró con Addison en el mar, saltó a su lancha, lo mató, y se fue.

—¿Así de sencillo?

—Bueno... Tú la viste anoche escaparse de tus manos como si se riese de ti, ¿no es cierto?

A Benny no le gustó aquel recuerdo, en el que se veía con unas narizotas más largas que las de Tony Leopard.

—Bien... ¿Qué tenían que decirse Lamont Addison y la rubia? ¿O ella fingió un encuentro casual, una chica bonita que sonrío...?

—No creo. Todo liga demasiado bien.

—Entiendo.

—¿Sí? Me gustaría que me convencieses, Benny.

—Parece que Lamont Addison era un traidor. El proporcionó a la rubia las... No. Las microfotos, no, ya que las consiguieron hombres como George Gardner e Ira Koziell... ¡Él pudo proporcionar las listas de nombres!

—Sigue —sonrió Leopard.

—Listas de nombres de familiares de soldados combatientes en Vietnam... ¿Por qué? ¿Para qué?

—No sé, Benny. Pero sí creo que Lamont Addison era un traidor, y que la rubia, considerando que el FBI se estaba poniendo peligroso, quiso cortar todos los hilos que podían llevarle hasta ella... Y lo ha hecho. ¿Ves la relación o no?

—Sí... Un oficial del Alto Mando del Departamento de la Guerra, tiras de microfilmes con fotografías de familiares de militares de servicio en Vietnam... Sería demasiada casualidad, ¿no, Tony?

—Yo creo que sí. Y siempre he dicho que no hay ni una pizca de casualidad en cualquier asunto de espionaje. Todo está calculado al segundo, a la décima de pulgada... No hay casualidades.

—Se me ocurre que este hombre... conocía a la rubia.

—Naturalmente, si las teorías son ciertas.

—Bien... Quisieron matar a Mary Lou, han matado a Lamont Addison... Ella no quiere dejar ni una sola pista, matando incluso a

los fotógrafos que trabajaron para ella... ¡Tony! Los recién casados, esos chicos jóvenes, los Braden...

—Samuel y Rory están ya allí, con ellos —sonrió Leopard.

—¿Pensaste en eso?

—Por supuesto. Bueno, Benny, yo sigo diciendo que esa rubia está en el circo... ¿Qué dices tú?

—¡No hay allá ninguna mujer, aparte de Thelma Hope, que pueda hacer lo que hizo anoche la rubia ante mis ojos! ¡Y no es Thelma Hope la que estamos buscando!

—Bien... Mira, Benny, no quiero parecerle presuntuoso ni engreído, pero...

—Oh, vamos, Tony... —masculló Star—. Sé muy bien que puedes dárme las con queso siempre que quieras, eso está admitido por todos en la Delegación, incluso por el jefe... ¿Qué estás pensando?

—Que la rubia está en el circo.

Benjamín entornó los ojos astutamente. Con sólo aquella mirada, los dos agentes del FBI se entendieron a la perfección.

—De acuerdo —suspiró Star—. Cercaremos El Carrusel Circus.

* * *

Y todo volvía a estar alegre, lleno de luz, de colorido, de risas y gritos. El fascinante carrusel de nuevo dominaba todo el lugar, con su altura, su rechinar de mecanismos, sus luces de colores. Apenas eran las nueve de la noche, y parecía que aún quedaba en el cielo un ligero tono de rojo de sol de verano.

Diez agentes especiales del FBI, incluidos Tony Leopard y Benjamín Star, y al mando conjunto de éstos, rodeaban el circo, todas sus dependencias, desde la una y media del mediodía; naturalmente, sin aparato de ninguna clase, sin que nadie pudiera darse cuenta. Simplemente, diez hombres con rostro alegre de día de fiesta paseando alrededor del circo, vestidos con camisas de colores, algunos de ellos con «shorts», sombreros de paja cubana... y una pistola bajo las holgadas camisas de colores. Del Shore Motel llegaban con regularidad los informes de los agentes Samuel Graves y Rory Heiss, notificando la no comparecencia de la rubia por las cercanías de la cabaña que ocupaba el joven y reciente matrimonio Braden.

Todo es calma.

Y mientras tanto, Washington había confirmado que la totalidad de las personas microfotografiadas eran familiares de oficiales y soldados que combatían en Vietnam, y habían enviado en avión especial a dos agentes del

G-2,

que habían tomado a su cargo directamente todo lo que se relacionase con el apuñalado mayor Lamont Addison.

Así estaban las cosas mientras el carrusel giraba, giraba, giraba..., y Benjamín Star, llevando por los hombros a Mary Lou, paseaba por el circo, como único punto visible del FBI. Lo cual, aparte de una cierta desventaja, era también una ventaja: si la rubia lo veía a él, y quería salir del circo esquivándolo, se iba a dar de narices contra las de Leopard o cualquiera otro

G-man,

cada uno de los cuales tenía ya en su poder una copia fotográfica ampliada del dibujo que Tom Ralston había hecho de la peligrosa y agilísima rubia. El cerco, pues, no podía ser más completo.

Y en una de sus muchas vueltas de un lado a otro, Benny Star se detuvo delante de la barraca del «pim-pam-pum», en la cual, en el fondo, se veía un muñeco pintado de colores que oscilaba de derecha a izquierda, esquivando mecánicamente las pelotas que tiraban unos muchachos, que lanzaban risotadas cada vez que uno de ellos acertaba al muñeco, lo tiraba hacia atrás, se encendía una luz, y por un tubo de plancha de cinc descendía un chicle gigante: premio.

—Vamos a mascar chicle —dijo Star.

Se colocó ante el mostrador y pidió seis pelotas. Junto a él, el grupo de muchachos se disputaban los chicles conseguidos en total... De seis pelotazos, el

G-man

consiguió nada menos que cinco chicles; lo cual fue un récord que maravilló al grupo de muchachos que, tras la primera pelota lanzada por Star, se habían dedicado a jalearlo alegremente.

—¡Buena, señor!

—¡Ahí va... en un ojo!

Seguían las risas y las bromas, el carrusel giraba... Benny Star, tras la negativa de Mary Lou, repartió cuatro chicles entre los

muchachos y él se quedó uno. Mientras tanto, a su lado se había colocado un tipo alto, recio, de rostro seco y duro, que pidió también seis pelotas. Falló las dos primeras, y los muchachos se desencantaron. Benny asistía, sonriente, a la prueba de puntería manual del individuo, que resultó ser bastante deficiente. Tuvo que conformarse con un chicle, que se metió en seguida en la boca.

Los muchachos se marcharon de allí, decepcionados, quizá porque habían esperado más chicles. Y cuando Benny y Mary Lou se disponían también a buscar otra distracción, el hombre dijo:

—Un momento, señor Star.

Benny se detuvo en seco y se quedó mirando al desconocido.

—¿Me conoce? —musitó.

El hombre asintió con la cabeza y pidió seis pelotas más. Lanzó la primera, que falló, y volvió a mirar a Benny, como si hiciera algún comentario sobre el tiro.

—Deberá adoptar en todo momento una actitud natural, señor Star. Puesto que parece inevitable que se nos vea conversando, debe parecer que es sobre esta tontería de las pelotas y el muñeco... Por cierto: su puntería es muy buena.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Friggens, pero no creo que eso le diga nada. Tengo un recado para usted, y eso sí es importante.

—¿De quién es el recado? ¿De la rubia?

—Mmm... No. No precisamente, señor Star. Vea, usted nos está fastidiando en grande con su tenacidad. Nos está resultando demasiado molesto, obligándonos a permanecer en Miami más tiempo del calculado. Eso, aparte de las molestias, significa peligro.

—¿Y...?

—Ustedes tienen cercada aquí, en el circo, a una persona que debía entregarnos hoy cierta mercancía.

—¿Los microfilmes que contienen fotografías de familiares del personal militar en Vietnam?

El hombre lo miró, sonriente, sin dejar de mascar el chicle... Una sonrisa que, por supuesto, no podía engañar a un agente del FBI.

—Ustedes, el FBI, trabajan bien, le sacan partido a cualquier cosa —admitió Friggens—. Créame que todavía me estoy preguntando por qué serie de pequeñas circunstancias han llegado a saberlo

todo... Pero el hecho cierto es que lo saben, y eso no tiene remedio. Además, eso no cambia nada con respecto a nuestros planes, a la utilidad de los microfilmes.

—¿Qué utilidad?

La sonrisa del hombre se ensanchó. Tiró otra pelota, miró de nuevo a Benny, y movió negativamente la cabeza.

—Tirando pelotas soy un fracaso. En cambio, tirando balas, soy un experto. Mmm... Y tengo dos compañeros por aquí que también son expertos. Como suele decirse, donde ponen el ojo, ponen la bala. Estoy seguro de que usted me entiende, señor Star.

—No del todo.

—Bien... Nosotros precisamos que usted deje salir del circo a la persona que va a proporcionarnos nuestro material. Tenemos prisa, comprenda: nos están esperando en... cierto sitio, en México. Si llegamos tarde, quien nos espera se asustará, y perderemos el negocio. Por eso, señor Star, queremos llegar en la fecha convenida..., lo cual no podremos hacer si usted y sus compañeros del FBI continúan rodeando el circo... ¿Comprende?

—Bastante bien. ¿Me está sugiriendo que levante el cerco?

Friggens tiró otra pelota, acertando esta vez, lo cual pareció ponerle de buen humor.

—¿Sugiriendo? Se lo estoy ordenando, señor Star. Quiero que sepa que dos automáticas silenciosas están apuntadas a la señorita Gardner. No sé lo que ocurriría después de esos dos disparos, pero sí sé que ella ya no se interesaría por eso..., ni por nada.

Star palideció ligeramente, y su brazo apretó con más fuerza los hombros de Mary Lou.

—Friggens: si ustedes se atreven a...

—Oh, vamos, déjese de tonterías, señor Star. ¡Claro que nos atrevemos a eso, y a mucho más! Vea mi proposición: la vida de la señorita Gardner y la de usted mismo a cambio de levantar el cerco.

—No tengo autoridad para esto...

—La tiene. Usted lleva el caso. Y, además, le será muy sencillo levantar el cerco. Escuche: ahora nos iremos de aquí los tres, hasta mi coche. Nos alejaremos un poco y usted llamará a sus compañeros al cabo de unos minutos, por la radio de bolsillo, diciéndoles que los espera en... en cualquier sitio bien alejado de aquí, pues ha tenido una pista nueva, una idea, una confidencia... Lo que usted

quiera, señor Star. Todos se irán de allá, nuestro personaje podrá salir del circo y nosotros obtendremos el microfilme definitivo.

—¿Y luego?

—Bueno... Yo en su lugar, me preocuparía de «ahora», no de «luego». ¿Cuál es su respuesta?

—Iré a su coche. Aunque... yo creo que lo hace mal, Friggens. Será mejor en el mío. Si alguno de mis compañeros me ve entrar en otro coche, con tres tipos a mi alrededor...

—Creo que tiene razón... —Frunció el ceño Friggens—. Vayamos, pues, hacia su coche. Esquivando a sus amigos, piénselo bien. Luego, salga a toda velocidad y llámelos como si tuviese prisa por llegar a determinado lugar lejos de aquí.

Star asintió con la cabeza. Siempre manteniendo a Mary Lou junto a su hombro, caminó hacia el extrarradio del circo, donde estaba el coche que utilizaba en aquel trabajo... Llegó al coche, entró; Mary Lou se puso a su lado, ambos en el asiento delantero..., y, de sopetón, Friggens y dos hombres más se introdujeron en el asiento de atrás.

—En marcha, señor Star. ¡Vamos, vamos!

El coche se alejó casi media milla del circo antes de que Friggens ordenase:

—Ahora, haga esa llamada a sus compañeros... No. Por la radio del coche, no, señor Star. La de bolsillo. Y sea convincente..., por favor.

Sacó una automática que quedó a menos de cinco pulgadas de la nuca de Mary Lou. De nuevo un poco pálido, Star efectuó la llamada con su radio de bolsillo.

—¿Eres tú, Tony? —exclamó, excitado.

—Claro... ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—¡Tengo una pista nueva, Tony! Pero no me llames más, ni por la radio del coche, ni por ésta. Solamente, haz esto: recoge a todos los muchachos, abandonad el circo, porque la rubia no está ahí, ¡dirigíos a Pompano Beach!

—Esto... ¿Pompano Beach?

—¡Exactamente! Tony, esperadme todos en el cruce de Dixie Highway y Atlantis Boulevard, tarde lo que tarde. ¡No moveros de allí! ¡Vamos a terminar esto esta misma noche, Tony!

—Bien... Estoy seguro de que sabes lo que haces, Benny. Hasta

luego, en el cruce de Dixie y Atlantic.

—Eso es... ¡Hasta luego, Tony!

Cerró la radio, y cuando la iba a guardar, Friggens se la quitó suavemente de entre los dedos.

—También su pistola, señor Star. Y espero que no haga tontería... Eso es. Estoy maravillado de su docilidad, señor Star. Y también de la facilidad con que mueve a sus amigos. Unas pocas palabras, ¡y plaf!, un puñado de hombres trasladados a un lugar donde sólo harán que perder el tiempo. Hasta me resulta sospechoso.

—Entre nosotros, Friggens, jamás discutimos las órdenes de un compañero. Si uno dice «verde», es que está seguro de que es «verde».

—Sí, entiendo. Póngase donde está su novia, ella se pondrá entre mis dos amigos, y yo tomaré el volante. Es mejor así, que dándole indicaciones, ¿no cree?

Se efectuaron los cambios ordenados por Friggens, éste tomó el volante y el auto reanudó la marchad.

CAPÍTULO X

El coche se detuvo en Surfside Boulevard, frente a una casa flotante no demasiado grande, pero muy bonita, blanca, con una hermosa terraza en la que se veían las inconfundibles siluetas de un par de parasoles. Descendieron todos del coche, y recorrieron la blanca pasarela que llevaba al porche frontal.

Friggens abrió la puerta, utilizando llave propia, a pesar de que en el interior de la casita se veía luz.

Y cuando todos estuvieron en el *living*, vieron al chino, Sentado cómodamente en el sofá, con un racimo de uvas en una mano, desgranándolo lentamente con sus finos dedos que parecían de marfil. Benny Star frunció el ceño al ver al oriental, pero no dijo nada.

Ho Chin sí habló, mirando amablemente al federal.

—Créame que lamento esto, señor Star. Pero, comprenda, todos queremos que nuestros negocios vayan bien..., —miró a Friggens—. ¿Alguna dificultad, Friggens?

—Ninguna.

—Bien. Barnes —miró a otro—: ve al porche y espera la llegada de quien ya sabes. Y vigila. Tú, Lonner, al mirador de atrás... Puede llegar por cualquier lado, con su... astucia habitual. ¿Estás seguro de que no os han seguido, Friggens, de que todo se ha hecho bien?

—Segurísimo.

—Bueno... Oh, pero, por favor, señor Star, señorita Gardner, tengan la bondad de sentarse... ¿Quieren uvas?

Star llevó a Mary Lou a un sillón y él permaneció de pie junto a ella, mirando fijamente al chino.

—¿Quién es usted? —preguntó, de pronto.

—¿Yo? Mi nombre es Ho Chin, señor Star. ¿Por qué? ¿Qué

importancia puede tener eso?

—¿Es un espía?

—Pues... más o menos... —Permaneció inalterable el amarillo rostro—. Digamos que me dedico al espionaje.

—¿Habitualmente?

—Casi, casi, casi... Al principio, sí. Pequeñas tonterías, que podía hacer cualquier otro espía peor pagado. Me di cuenta pronto de que era demasiado riesgo para poco beneficio, y cambié de táctica. Ahora sólo hago algunos trabajos, pero bien pagados.

—¿Es usted americano?

—Señor Star... —Apareció una sonrisa en el rostro de Ho Chin—. ¡No me diga que no ha notado que soy chino!

—Le pregunto por su nacionalidad.

—Ah, sí, mi nacionalidad... Oh, americano, desde luego. Pero la raza es una cosa muy... impresionante. Ser chino siempre ha significado algo, señor Star.

—Y ser americano también.

—Sí, sí... Pero los chinos, hace miles de años que somos chinos. Y los americanos, todavía no hace ni quinientos años que son americanos. Espero que usted conozca suficientemente la Historia para evitarme largas explicaciones.

—Usted, como éstos —señaló a Friggens y hacia fuera—, y como Lamont Addison, son unos traidores. No hace falta saber Historia para comprender esto, Ho Chin.

—Usted tiene su buena parte de razón, en general, señor Star. No en cuanto a mí se refiere, claro. Soy chino, y trabajo para China... Nadie puede llamarme traidor.

—¿Por cuánto trabaja usted para China?

—En realidad, China es, en esta ocasión, una intermediaria...

—¿Con beneficio para Vietnam?

—Esperamos que sí. Aunque, sinceramente, no tengo mucha fe en ese plan. Digamos que, al menos, no resolverá nada de modo definitivo. En cuanto a mi paga, son cinco millones de dólares. Como ve, señor Star, es una buena cantidad. Claro que la tendré que compartir con la personé que ha hecho posible este asunto, pero me quedarán tres. Luego, un millón para Friggens, Barnes y Lonner, de modo que quedarán dos. Me conformo.

—¿Cuáles son sus contactos chinos en México, Ho Chin?

El oriental pareció a punto de echarse a reír, pero permaneció cortésmente ecuánime.

—Supongo que usted tiene la esperanza de poder escapar, señor Star. Es lo que me maravilla de los americanos: siempre tienen esperanza, siempre esperan... el milagro.

—No hay milagros en el FBI, Ho Chin: sólo trabajo bien realizado por profesionales.

—¿De veras? Sin embargo, ahora, sus amigos están camino de... Miró interrogante a Friggens, que sonrió y acabó:

—De Pompano Beach. Y estarán esperándolo allá.

—¿Lo ve, señor Star? Y a pesar de eso, usted tiene esperanzas de salir con vida. Pero, por si lo logra, no le diré nada de mis contactos en México. Simple precaución, cautela.

—¿Tampoco me dirá qué están tramando?

Ho Chin masticó pensativamente un hermoso grano de uva dorada.

—¿Por qué no? En realidad, teniendo el microfilme, tanto da que ustedes sepan lo que pretendemos. Es simple, sin duda. Dicen que dará buen resultado, pero no sé hasta qué punto esa película resquebrajará la moral de los combatientes norteamericanos en Vietnam.

—¿Resquebrajar su moral? —musitó Benny.

—Sí, sí... Verá: la película está formada por la unión de diversos microfilmes que contienen fotografías de familiares de militares americanos que están luchando en Vietnam; bajo cada fotografía o grupo de ellas de una misma familia, está su dirección, su residencia en Estados Unidos. Eso indicará que, en un momento dado, ciertas personas podrían localizar a las familias de trescientos setenta militares americanos que ahora están en Vietnam. ¿Va comprendiendo?

Era evidente que Benny Star iba comprendiendo, porque estaba intensamente pálido.

—Veo que sí va comprendiendo. Esa película formada por los diversos microfilmes conseguidos, será reproducida en cientos o miles de copias, cada una de las cuales llevará su correspondiente banda sonora. En esa banda sonora, una voz, en claro inglés, hará comentarios sobre las familias de los soldados y oficiales americanos... Una especie de charla, de observaciones amistosas.

Finalmente, eso voz dirá que, «mientras los americanos luchan en una tierra que no es la suya, alguien podría aprovechar la ocasión para asesinar a sus familiares; sus madres, sus esposas, sus hijos, sus padres, hermanos menores...». Se citarán nombres escogidos, incluso de oficiales y algún jefe... Y se acabará diciendo que «los soldados habían bien en volar a casa, a defender a los suyos». En fin, toda una serie de frases y sugerencias de ese tipo, señor Star. ¿Cree que eso desmoralizará a los soldados americanos?

La palidez de Benny era poco menos que cadavérica. Ni siquiera se encontraba con fuerzas para hablar. Aquello, lo que estaban proyectando, causaría entre las tropas americanas más estragos que una bomba atómica. Miles de copias de aquella película serían arrojadas sobre los soldados, que las recogerían, las proyectarían. Siempre habría alguno directamente afectado, que vería allá a su madre, a sus hijos o a su esposa...

Y el que no estuviese en aquella película, temería estar en la siguiente. La idea de que mientras ellos estaban allí, sus familiares podían ser asesinados, entraría en sus mentes con toda facilidad, con una claridad diáfana. Un combatiente es un hombre normal que lleva una vida... anormal. Teniendo en cuenta la normalidad natural de ese combatiente, su desmoralización sería absoluta. Y la desmoralización, como el valor, el llanto o la risa, es absolutamente contagiosa. Un solo soldado afectado por aquella película, desmoronaría la moral de toda su compañía o sección, o pelotón. Y siempre, el que no estaba en la película representado por familiares, tendría la lógica idea de que estaría en la siguiente película, de que también sus familiares...

—Su meditación es muy intensa, señor Star. Diríase que, en efecto, usted cree que esta jugada desmoralizará a las tropas americanas.

—Ho Chin —dijo roncamente Star—, tengo una proposición que hacerle. Le pondré en contacto con el Gobierno americano, y ellos le pagarán mucho más que los vietnamitas por esa película.

—Pensé ya en eso —sonrió apenas el chino—. Pero no me interesa. De veras, señor Star. Y le ruego que no insista.

Benny quedó de nuevo abatido. Mary Lou le cogió una mano, y cuando el
G-man

la miró, vio sus ojos llenos de lágrimas.

—Benny..., mi padre... mi padre ha trabajado en esto para esta gente...

—No, no... —aclaró Ho Chin—. Su padre, como los otros fotógrafos, fue engañado. Se les dijo que era todo para un nuevo programa de televisión.

—Pero...

Mary Lou calló de pronto. Afuera se había oído hasta entonces, el ruido de motores de las diversas lanchas que navegaban por el canal. Pero una de ellas acababa de detenerse allí, junto a la casa. Todos quedaron silenciosos, expectantes... Pocos segundos después, se oía el claro golpeteo rítmico de unos finos tacones.

Lonner regresó del mirador que daba al canal, acompañado de la muchacha rubia, que llevaba una caja de bombones en las manos, muy bien adornada con un lacito azul. Sus hermosos ojos azules pasaron fugazmente con cierta ironía, sobre Benny Star y Mary Lou Gardner.

—¿Lo tiene todo? —preguntó Ho Chin.

Ella asintió con la cabeza. El chino se puso en pie, fue a uno de los dormitorios, y regresó con otra caja de bombones, de buen tamaño... La cambió a la rubia por la que ésta había traído, aclarando innecesariamente:

—Dentro están los dos millones.

—Ya sé. Tuve que matar a Lamont Addison, Ho Chin.

—Eso es cuenta suya.

—Sí... Y de ese federal. Me complicó tanto la vida, que tuve que ir eliminando, o intentando eliminar —sus azules ojos se posaron malignamente en Mary Lou— a demasiados testigos. Pero, puesto que todo ha terminado ya, desapareceré, y asunto liquidado.

—Espero que podré contar otra vez con usted.

—Sin duda. Aunque, teniendo detrás al FBI, deberé permanecer con mucha tranquilidad una larga temporada.

—No importa. El tiempo no importa nada. Bien... Creo que aquí termina todo. Regrese, y nosotros nos iremos de aquí.

La rubia se subió las breves falditas, mostrando sus bellas y fuertes piernas bien musculadas. En la izquierda, pegada en la cara interna del muslo, una automática de silenciador acoplado. En la derecha, una tira de esparadrapo, protegiendo el pequeño corte que

se había hecho al escapar por la destrozada ventana del dormitorio de Mary Lou... La pistola pasó rápidamente a su mano y apuntó a Star.

Pero Ho Chin desvió delicadamente el arma.

—Nada de dejarse llevar por rencores personales. Nosotros nos encargaremos del señor Star, a su debido tiempo.

—Me gustaría matarlo... A él y a esa estúpida... Por culpa de ella he pasado más apuros que en toda mi vida, procurando que me viese lo menos posible, en el circo. Pero no sé por qué me preocupaba tanto... Es tan estúpida que cuando me ha tenido delante, no ha sabido reconocermé.

Benny Star miraba atentamente a la rubia. Estatura mediana, flexible, elegante, piernas perfectas, fuertes, elásticas, ojos azules...

—Yo sí lo he reconocido —dijo de pronto el G-man.

—¿Sí, señor Star? Claro... Una cosa es ver un dibujo y unas malas fotografías de ese dibujo, y otra cosa es verme a plena luz, no como anoche... Usted tiene mejor vista que ella.

—Así parece. Y, además, hay trucos de guardarropía que no pueden engañar fácilmente a un agente del FBI.

—Usted se está buscando que...

Ho Chin volvió a desviar el arma, siempre con delicadeza.

—Márchese —dijo—: nosotros haremos el resto.

—Mátenlos.

—Por supuesto. Pero en su momento.

La rubia no parecía muy convencida, pero, finalmente, volvió a esconder la pistola en el muslo, sujetándola con la ancha tira de esparadrapo. Miró a Star, a Mary Lou, y, por último, se despidió de Ho Chin con un gesto. Lonner la acompañó de nuevo. Cuando regresó, la lancha ya se alejaba, con la rubia al volante.

—Llama a Barnes —dijo Ho Chin—: nosotros también nos vamos... Supongo que no habrá fallos en el avión.

—Todo está listo —dijo Friggens. Lonner fue a la puerta, la abrió, y dijo:

—Barnes, ya pue...

Se oyó un seco crujido, un grito de Lonner, un recio golpe. Lonner regresó al interior de la casa flotante, pero volando, con la mandíbula rota por el tremendo puñetazo de Tony Leopard, que

apareció en la puerta con la pistola en la mano izquierda.

—¡Que nadie...!

Friggens se estaba ya volviendo hacia él, dispuesto a disparar con la pistola que hasta entonces había estado amenazando a Star. Pero éste también tenía su parte en aquel asunto, de modo que saltó hacia Friggens, le sujetó la muñeca y le atizó un derechazo en corto al estómago, tan brutal, que Friggens se encogió hasta parecer que reducía su tamaño; con el mismo puño, el

G-man

descargó ahora un cruzado en la boca de Friggens, derribándolo tan debilitado, que la pistola escapó de sus dedos, flojamente...

—¡Deje eso, chinito...! —Oyó1 Star la voz de Tony.

Se volvió como una centella hacia Ho Chin, en cuya mano derecha había aparecido una navaja, mientras saltaba hacia Mary Lou, que parecía petrificada de asombro y miedo. La mano izquierda de Ho Chin asió los cabellos de la muchacha, echó la navaja hacia atrás...

Plop...

La cabeza de Ho Chin saltó en pedazos al recibir de lleno el impacto de la bala disparada por Leopard, que lo tiró como un viejo muñeco a un rincón del *living*.

Benny Star había quedado tan helado de espanto al ver lo que había pretendido el chino, que Friggens, gimiendo y arrastrándose, consiguió recuperar la pistola, con dedos temblorosos. Tony Leopard, simplemente, dio un par de pasos hacia él, y le propinó un feroz punterazo en la barbilla que casi puso en pie a Friggens..., antes de dejarlo completamente desvanecido.

Lonner, con la mandíbula rota, estaba intentando incorporarse, turbios los ojos, palidísimo el rostro. Benny Star le dio un golpe de canto en la nuca, que pareció aplastarlo contra el piso.

—¿Y Barnes...? —preguntó luego, casi sereno del todo ya.

—Durmiendo.

Star acogió en sus brazos a Mary Lou, y mientras acariciaba consoladoramente su cabeza, miró de nuevo a su amigo y compañero.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado?

—En coche... —sonrió Leopard—. Hombre, ¡bombones...! ¡Con lo que a mí me gustan! Cogió la caja, arrancó el lazo, la abrió... y

sacó una redonda caja metálica, muy plana; estaba muy encajada en los bordes, pero los fuertes dedos de Leopard los desencajaron fácilmente. Tiró de un extremo del larguísimo microfilme o serie de microfilmes que se veían enrollados allí dentro, formando un bloque macizo, y alzó las cejas.

—Una película... ¡Ojalá sea de Tom y Jerry! ¿O no lo es, Benny?

—No. ¿Dónde están los demás?

—Camino de Pompano Beach, naturalmente.

—¿Por qué no has ido con ellos? Leopard se tocó la narizota.

—Cuestión de olfato. Te vi dirigirte al coche, vi a los tres tipos... Naturalmente, no me gustó. Os seguí en mi coche particular, no en uno del FBI. Cuando me llamaste, yo estaba a menos de cincuenta yardas de ti, tan tranquilo. Y, como en ocasiones, demasiada gente lía mucho las cosas, dejé que nuestros compañeros se fuesen a dar un paseo y yo me vine detrás tuyo.

—Si hubieses intervenido antes, tendríamos a la rubia.

—Me sorprendió La esperaba en coche y vino y se fue en lancha. Por otra parte, a ella la tendremos en seguida, y, en cambio, había que hacer algo por ti y por Mary Lou. ¿No? A propósito, puesto que a la rubia la vas a encontrar en el circo, me debes...

—¿Te encargas tú de todo esto? —cortó Star.

—Mmm... De momento, sí. Espero encontrar por ahí fuera algún policía que se haga cargo de estos personajes... Oye, toma mi coche, que está a la derecha... Ya lo conoces, ¿eh? Las llaves están puestas. Y ten cuidado.

Star recuperó su pistola de un bolsillo de Friggens y se dirigió hacia la puerta. Mary Lou avanzó impetuosamente hacia él.

—¡Yo voy contigo...!

—No.

—¡Quiero...!

El

G-man

la besó fugazmente en los labios.

—No —dijo. Y se fue.

Mary Lou se volvió hacia Leopard, desorbitados los ojos.

—¡Tony, si Va él solo...!

—Nuestros compañeros ya están regresando al circo... —musitó Leopard—. Y nosotros nos iremos en seguida para allá. De todos

modos, hay que dejar a Benny.

—¡Dejarlo! ¿Por qué? ¿Por qué hay que...?

—Esa rubia lo ha estado engañando, se ha burlado de él, se le escapó en las narices... Deja que Benny recupere su confianza en sí mismo.

—¡Pero puede matarlo...!

—No —sonrió duramente Tony Leopard—: a nosotros se nos sorprende una vez... Y sólo una vez.

* * *

Afuera, Benny Star había saltado ya al coche de Leopard... Uno de los varios coches que poseía el agente federal millonario. Un «Ford-Mustang» rojo, perfectamente capaz de «volar» a casi doscientas millas por hora.

Pero no haría falta tanto. Ni siquiera había por qué romper el tránsito de la ciudad. En el tiempo que la rubia necesitaba para dejar la lancha, subir a un coche normal y llegar al circo, él, que conocía Miami mejor que su propio apartamento, tenía tiempo de llegar, tomarse una cerveza si así le apetecía, y aposentarse exactamente en el lugar conveniente.

Esta vez, la agilísima, peligrosísima y asesina rubia no podría escapar.

CAPÍTULO XI

La rubia dejó el coche aparcado casi a un cuarto de milla de Picnic Park, en Oppalocka, donde estaba instalado el circo. Cogió la caja de bombones que contenía dos millones de dólares, y se dirigió a buen paso hacia el parque. Sólo tenía que llegar, aprovechando la ausencia de federales, meterse entre la gente, cerca de la carpa, y llegar bajo su remolque. Una vez allí, por la trampilla especial que había en el piso del remolque, subir a éste y... todo terminado.

Vio las luces del circo en seguida, mucho después de haber visto las del carrusel gigantesco. Continuó caminando por el parque, hasta llegar a las cercanías de la carpa. Bien... Una rubia con una caja de bombones no es cosa que sorprenda a nadie.

Se mezcló entre la gente, mirando a todos lados. Ya no se veía ni a uno solo de aquellos malditos

G-men

que habían estado a punto de estropearlo todo. Afortunadamente, había avisado a Ho Chin de su imposibilidad de moverse, y el chino había arreglado las cosas. Ahora, con dos millones de dólares...

El descapotable apareció de pronto, por entre la gente, lentamente, lanzando toda la potencia de sus luces largas hacia la rubia, que se volvió y quedó completamente deslumbrada.

—¡No se mueva! —Oyó la voz de Benny Star—. ¡Todo está per...!

Lanzando una exclamación de rabia, la hermosa rubia dio media vuelta y echó a correr hacia la gran carpa, con su banderín arriba, mostrando en fondo amarillo la sonriente y pintada faz de un payaso...

—¡Deténgase! ¡Voy a disparar!

La rubia estaba ya entrando en el circo cuando sonó el primer

disparo de Benny Star, que se estaba maldiciendo a sí mismo por no haber podido dominar a su presa deslumbrándola, tal como había proyectado, a fin de evitar complicaciones. Cuando uno queda deslumbrado, sin ver nada, está más al borde de la rendición. Pero aquella rubia...

La gente más cercana al

G-man

empezó a gritar. La caja de bombones saltó de la mano de la rubia, con un desgarrado agujero en el fondo y en la tapa. El carrusel seguía girando, y se oían las risas, los gritos, los chillidos de espanto, de vértigo... Sólo unas pocas personas se dieron cuenta de que un hombre armado de una pistola perseguía a una chica rubia que había perdido su caja de bombones...

Desaparecida la rubia dentro de la carpa, Star apareció tras ella, listo para disparar, mirando a todos lados. No tuvo que molestarse mucho en buscarla: le bastó con seguir las sorprendidas miradas de los empleados de limpieza del circo, que miraban atónitos hacia lo alto, a la rubia, que trepaba por una cuerda del trapecio a una velocidad de auténtico pasmo, con una potencia inaudita.

—¡Baje! —gritó Star—. ¡Baje o disparo!

La rubia llegó al trapecio con un último impulso, arrancó rabiosamente la pistola de su muslo, y disparó contra el

G-man,

que se tiró al suelo, sobre un montón de serrín, disparando a su vez..., y gritando de rabia al ver que la rubia había soltado el trapecio y volaba asida a éste con una sola mano, mientras con la otra volvió a disparar, pero una sola vez, con lo cual, Star desistió de disparar él. Si era posible la quería viva.

Ella se había guardado la pistola en el escote, y ahora sujetaba la barra del trapecio con ambas manos, dándose cada vez más impulso, más impulso, más impulso...

Star se puso en pie, pistola en mano, mirándola hurañamente.

—¿Qué se propone? —gritó—. ¿Matarse? ¡Baje de ahí, ya no podrá escapar!

Estaba rodeado de empleados del circo. Joseph Giford llegó corriendo, miró la pistola del

G-man

y luego a la rubia, cada vez subiendo más y más...

—Pero...

—Dígale que baje, Giford. O bien ordene que coloquen la red: acabará por caer, de un modo u otro.

—¡La red! —gritó Giford—. ¡Colocad la red!

Los tramoyistas se apresuraron a iniciar la operación salvadora, todos mirando hacia arriba... ¿Estaba loca la rubia? Cada vez ascendía más... Caería de tal modo, con tal impulso, que ni siquiera la red podría salvar su vida...

Y, de pronto, en medio de un colectivo grito de espanto, la rubia soltó sus manos... Un grito de espanto que se convirtió, finalmente, en un aullido de sorpresa sin límites cuando la rubia, en lugar de caer, subió aún más... y sus manos quedaron asidas al borde de la abertura central de la carpa, junto al gran mástil con la banderita del payaso. Y antes de que nadie hubiera podido dar crédito a sus ojos, desapareció por el circular respiradero.

Un murmullo de asombro pareció rebotar contra las paredes de lona, mientras Benny Star, crispado el rostro en una mueca de furiosa decepción, corría hacia la salida de la carpa, siempre pistola en mano. Se apartó del entoldado, mirando hacia arriba... Aún pudo ver a la rubia en el último segundo de su deslizamiento por la lona, su impecable salto hacia el techo de una barraca de helados, su rebote, su caída vertiginosa en un giro asombroso, la facilidad con que, una vez en el suelo, continuó corriendo...

Sudando de angustia, el

G-man

corrió tras la fantástica rubia. Ella volvió la cabeza, lo vio... y saltó hacia una de las cabinas del carrusel, en el cual se oían sin cesar los gritos, las risas, los alaridos de diversión frenética...

Cuando el

G-man

llegó junto al carrusel, la rubia saltaba de aquella cabina, ya ocupada, a otra vacía... Joseph Giford llegó, jadeando, mirando hacia el carrusel...

—¡Que se aparten todos! —ordenó Star—. ¡Giford, deje a la gente!

El propietario de El Carrousel Circus empezó a gritar a sus empleados, que se dedicaron a empujar a la gente lejos del carrusel, en medio de gritos de protesta, de sorpresa, de bromas... El carrusel

seguía girando, y pocas personas se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo entre risas y gritos.

La cabina ocupada por la rubia llegó abajo, y Benny Star se tiró al suelo, justo a tiempo de esquivar el balazo. La rueda siguió girando, y el

G-man

se puso en pie, pálido como un cadáver.

—Va a herir a alguien... —musitó—. ¡Si sigue disparando, herirá a alguien!

Joseph Giford no contestó. Se pasó la lengua por los labios, siempre fija la vista en aquella cabina del carrusel, que continuaba girando...

—¡Al suelo! —gritó Star.

Y de nuevo se dejó caer, mientras dos balas pasaban por encima de ellos. Otra vez se puso en pie el

G-man,

mirando ahora fríamente hacia lo alto, una mueca resuelta en sus labios.

—Lo siento —gruñó.

Alzó la pistola, y casi cerró los ojos, protegiéndose al máximo de las luces de colores que aún giraban en la gran rueda alegre...

Plop.

Arriba se oyó un grito, brevísimo; una silueta humana apareció, de pie, en el borde de la cabina del carrusel... Y un segundo después se precipitaba al vacío, siguiendo la marcha luminosa, la marcha ruidosa, la marcha alegre del carrusel.

Cayó como una muñeca gigante, blandamente, al aire sus rubios cabellos. El público del circo inició primero un movimiento de retroceso, pero luego comenzaron a acercarse... En pocos segundos, Joseph Giford, Benny Star y la rubia, estaban completamente rodeados.

El

G-man

colocó el cadáver de la rubia cara al cielo. Para asombro de Giford, le quitó la peluca, de un tirón experto. Luego hizo lo propio con las pestañas postizas, y sacó dos pequeñas almohadillas de goma del interior de la boca, con dos dedos... Giford parecía a punto de desmayarse... Y la gente emitió un murmullo cuando el

G-man

arrancó la parte superior del vestido de la rubia y le quitó los sujetadores... y los senos perfectos, de goma esponjosa, que dejó a un lado, quedando así a la vista el pecho seco, pero fuertemente musculado de un hombre... El murmullo fue ahora más fuerte.

Thelma Hope apareció junto a ellos, se arrodilló y se quedó mirando aquel rostro varonil, si bien con los labios pintados, bien maquillado el cutis... Cabellos cortos, cuello esbelto, ojos azules... El agente del FBI separó bien los párpados del cadáver, se mojó la punta de un dedo y tocó el iris de un ojo, quitando la lentilla de contacto teñida de azul; luego, quitó la otra... Y dos ojos negros quedaron recogiendo la luz del carrusel.

—¡Dios mío... —gimió Thelma—. Dios mío, es Gedeón!

—Atrás... —Se oía una voz simpática—. Por favor, apártense... Esto no es cosa suya... Atrás, por favor...

Una caja de bombones agujereada cayó sobre el cadáver. Star alzó la cabeza y vio a Leopard y a Mary Lou, que miraban con expresión desorbitada al hombre muerto.

—Gedeón Erkzenic, ¿eh? —Gruñó Tony.

Star se puso en pie, asintiendo con la cabeza. Mary Lou se abrazó a él, casi temblando.

—Bien... Parece que esto ha terminado.

ESTE ES EL FINAL

Giraba el alegre carrusel, y giraba, y giraba y giraba... En las cabinas, como siempre, risas, gritos, alaridos... Se esparcían las luces de colores por todo el parque, todo traqueteaba, todo crujía, todo estaba en marcha...

Y, por fin, el carrusel se detuvo y Benjamín Star y Mary Lou Gardner saltaron de su cabina, riendo, despeinada ella, enrojeciendo el rostro por la excitación.

—Hola.

Se volvieron los dos, sonriendo. Pero Benny Star frunció pronto el ceño, mirando aviesamente a Tony Leopard.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué...?

—Cuestión de nariz —sonrió Leopard.

—Está bien, está bien... ¿Qué quieres? Va a empezar la función del circo y tenemos entrada gratis.

—Tengo entendido que han suprimido el número de Los Albatros.

—Siempre tan gracioso. Eso está ya todo arreglado, ¿no? ¿O es que...?

—Tranquilízate. Acabaste bien el trabajo: Yo estoy aquí por motivos... personales.

—¿Personales...?

—Oye —refunfuñó Tony—, cuando un hombre pierde una apuesta, la paga, ¿no? Apostamos que si era espionaje yo podría besar a tu novia... y eso es lo que voy a hacer.

—¡Ni tú, ni nadie...! —empezó Star.

—Oh, Benny, tienes que pagar... —sonrió Mary Lou—. No hay más remedio.

—Bien, pero...

Pe-pero...

¡Es que este tío es un granuja que...!

Pero Mary Lou ya estaba besando a Tony Leopard. Un beso breve, simpático, en la gran boca del mejor hombre del FBI en la zona de Miami.

—¡Mmm...! —Se relamió Leopard—. ¡Demonios, Benny y yo que siempre creí que eras un poco tonto!

Se echaron a reír los tres. Mary Lou pasó un brazo por el de Star... y el otro por el de Leopard.

—Te invitamos al circo, Tony: me gusta estar bien protegida.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...